
CUENTOS
PARA
CHIQUITINES
EDITORIAL RUDOLF STEINER

CUENTOS PARA CHIQUITINES

Cuentos del mundo
recopilados por **Heidi Bieler**

Para niños de jardín de infancia

Editorial Rudolf Steiner S.A.
Calle Guipúzcoa nº 11 -1º izda
28020 Madrid España
Telf. 911850797-915531481
web: www.editorialrudolfsteiner.com

© 2008 Editorial Rudolf Steiner S.A. - Segunda Edición

Cuentos recopilados y revisados por:
Heidi Bieler

Prólogo: Heidi Bieler

ISBN nº 978-84-89197-94-7
Depósito Legal: M-15.243-2008
Impresión: Grefol
Dibujo Portada: J.Ch. Mellinger Verlag Stuttgart, Alemania
Diseño Portada: G.Costa
Ilustraciones interiores: Paula Martínez-Novillo
Maquetación: Lola López de Cuéllar
Fotomecánica: Montytexto

INDICE

Prólogo de Heidi Bieler 7
Este era un gato... 13
El padre y los hijos 14
Tres pequeños gatos 15
Patito ensaya su voz 17
El pollito de la avellaneda 20
Semillas 23
El girasol 24
El caracol 25
El caracol que quería buscar el sol 26
Matariki y las siete estrellas 30
Una historia de Micael 32
El gnomo de las manzanas 34
La gallinita roja y el zorro 36
La liebre 41
El rábano gigante 44
Aventura de Periquito 47
El magnífico gallo y la pequeña hormiga 50
El borreguito travieso 57
El pastorcito 60
Los cisnes salvajes 64
El caballito blanco 69
El becerrete pajoso de costado resinoso 76

La madrina de las palabras 83
El gigante y el enanillo 85
La liebrecita y la zanahoria 87
Los duendecillos 89
Cuento para el tiempo de Micael 95
El molino de tortillas 98
Digitalito 101
La niña y el cerdito 105
Tobías y el campesino 109
El pequeño abeto 113
El señor del bosque 116
La historia del nombre del árbol 124
¿Quién llama en la noche en la puerta de Iván? 129
Las tres preguntas 134
El manzano de oro 137
El viejo burro 144
Shingebiss 151
El pastor y el lobo 156
La suerte y la desgracia 159
El zar de los dragones 162

PROLOGO

Esta colección de cuentos para niños de dos a siete años, aproximadamente, desea ayudar a educadores, padres y todas las personas que quieran contar cuentos a niños pequeños. Los cuentos están libremente ordenados, comenzando por los destinados a los más pequeños. Hay cuentos de siempre originarios de varios países y cuentos modernos. Un buen número de entre ellos han sido y siguen siendo contados innumerables veces en los jardines de infancia y las escuelas infantiles Waldorf de todo el mundo.

En mis cursos sobre cuentos muchas personas me preguntan:
¿A partir de qué edad es conveniente contar cuentos a los niños y cómo seleccionar los más adecuados?

La respuesta a estas preguntas puede verse notablemente facilitada por el conocimiento de las etapas evolutivas del niño pequeño. En el segundo año de su vida, cuando ha aprendido a andar, empieza a desarrollar intensamente el lenguaje y vive fuertemente en el movimiento y los gestos. Imita y toca todo lo que encuentra en su entorno. Está absolutamente feliz si su madre le sienta en su regazo envolviéndolo con sus brazos, sus movimientos, sus gestos, su voz cálida, alegre, cantando o recitando cancioncillas o rimas como "*cinco lobitos tiene la loba...*" "*Juanito se fue a París en caballito gris...*" "*Este cogió un huevo...*" "*Dos pajaritos están dormidos en su nido. Uno se*

despierta...", el niño pedirá incansablemente. "*¡Otra vez!*" y de nuevo mañana y pasado mañana. Es importante no exagerar, dramatizar y ridiculizar estas pequeñas prehistorias, mas bien compartir el gozo, una y otra vez, con el niño. Este tipo de actividad satisface especialmente a los niños que aun no se llaman así mismo "YO".

Es normalmente a partir del tercer año cuando el niño se reconoce como un Yo y adquiere más conciencia de sí mismo construyendo la base de su pensar gracias al lenguaje adquirido. Para apoyar el desarrollo de esta nueva capacidad le podemos ofrecer cuentos como "*La gallinita roja*", "*Los tres osos*", "*El gallo Quirico*", "*La liebre y la zanahoria*", "*Los tres cerditos*", y otros parecidos. Aunque a los adultos les cuesta reconocer la sabiduría que reina en estos cuentos aparentemente sencillos, son los que corresponden a las necesidades de los niños de esta edad. Son cuentos rítmicos, acumulativos, con frases repetitivas, un personaje encuentra a otro, le pide algo, éste lo niega o es incapaz de satisfacer la petición, y el personaje sigue pidiendo a otro y otro y otro, hasta que por fin aparece una solución. Gracias a ésta, se inicia el camino hacia atrás. De nuevo cada personaje es nombrado, pero al revés. Es un camino exacto de ida y vuelta. Oyendo este tipo de cuentos durante semanas, el niño ejerce de forma sana su memoria. No hace falta exigir a niños preescolares que cuenten el cuento que han oído para controlar si lo han captado. Bastará que el adulto se equivoque en su narración para que el niño proteste enseguida: "*¡Así no es!*" Y con un poco de humor y alegría se corrige el error. A lo largo del cuarto año de vida podemos empezar a contar también cuentos muy adecuados entre los de los Hermanos Grimm, evitando aun para los niños preescolares los cuentos de bosques demasiados tenebrosos, animales salvajes y brujas malva-

das. ¿Qué niño no ama *"El Lobo y las siete cabritas"*, *"Madre Nieve"*, *"Los ducados caídos del cielo"*, *"La reina de las abejas"*, *"La Bella Durmiente"*, *"Los músicos de Bremen"*, *"Los siete cuervos"*, entre muchos otros.

Si queremos leer o contar un cuento a niños de edades diferentes, entonces elegimos, a veces, el más adecuado para los menores y, en otro momento, el más apropiado para los mayores. A los niños, normalmente, les gusta vivir este gesto social. Lo que importa es estar juntos y disfrutar del cuento en un ambiente mágico para todos. Siempre es ventajoso elegir y leer un cuento antes de narrarlo a los niños porque así podemos familiarizarnos con su contenido, lo que es importante, ya que el niño capta enseguida si estoy de acuerdo con lo que cuento y lo he interiorizado o no. Si éste no es el caso, no escuchará con atención. Si se cuenta libremente el cuento, es recomendable aprender las frases importantes y las rimas de memoria. Tampoco cambiaremos el final del cuento porque nos parezca demasiado cruel, ya que perdería su verdadera sustancia. Alguien comentaba que leía el cuento de Caperucita Roja a su sobrina donde el lobo se traga a Caperucita Roja. La niña estuvo encantada. *"Me gusta mucho tu cuento. En el cuento de mi madre, Caperucita se esconde en el armario. No le cuentes tu cuento porque podría tener miedo"*.

Antes de los tres años, el niño vive aun en un mundo luminoso; después ya ha experimentado algo de la oscuridad del mundo. Ahora, a través de los cuentos, puedo captar como reencontrar la luz. Ya el niño pequeño siente profundamente la injusticia y le parece bien el castigo al personaje que ha obrado mal. Tampoco necesita que el adulto añada su moraleja al final del cuen-

to. El niño captará, a su manera, lo que hay detrás y esa moralidad vivirá profundamente como semilla en su interior. Rudolf Steiner dice: "*Antes del cambio de los dientes, los cuentos que se cuentan a los niños tienen que tener como única meta: alegría, vitalidad, serenidad, buen humor. Después, el cuento tiene que dar al alma imágenes de la vida para querer hacer lo mismo*".

Ninguna película, ningún disco que reproduzcan un cuento, hasta de la forma más artística, puede sustituir la presencia de la persona que cuenta o lee, ni su voz, ni sus gestos, su atención amorosa, su alegría y su sabiduría. El narrador puede observar en cada momento las necesidades de los oyentes, puede repetir una frase o hacer una pequeña pausa. Contar o leer cuentos es una poderosa ayuda contra el excesivo consumismo dependiente de los medios de comunicación en la vida de los niños pequeños. A través de los cuentos, los niños viven la voz humana y el lenguaje, educan el oído y la escucha, observan los gestos y expresiones de la cara del narrador. Vivir el cuento en compañía produce en el niño bienestar y confianza en el entorno. Los cuentos acogidos de esta forma influyen hasta físicamente. A menudo se puede observar como las mejillas de los niños se ponen rojas y, al terminar el cuento, se levantan como después de haber dormido la siesta, irradiando sosiego y bienestar. Las imágenes recibidas vivirán como semillas morales dentro de ellos, permitiéndoles conocer valores humanos que están en disposición de desarrollar. También se educa y enriquece el lenguaje y se estimula el desarrollo de las fuerzas de la fantasía y de la imaginación, capacidades necesarias para el aprendizaje en la escuela. Los cuentos vivos son un medicamento contra la televisión y otros medios de comunicación. Los niños no necesitan el dramatismo y la exageración. Acogen el contenido

como un hecho. Es importante que el final del cuento sea siempre positivo. Esto proporciona confianza en sí mismo y en el mundo.

No simplifiquemos el lenguaje y cuidemos que sea enriquecedor. El niño quiere erguirse y crecer interior y exteriormente. Vive en la conciencia del entorno, y por eso entiende el sentido de las palabras sin explicación. Todos podemos llegar a ser cuenta-cuentos. Para empezar, hace falta un poco de valor y buscar y leer cuentos. Quizás recordaremos momentos de nuestra infancia en relación con los cuentos, y hasta descubriremos al niño que vive dentro de nosotros. Y, a lo mejor, nos daremos cuenta de que cada cuento de hadas nos lleva a nosotros mismo, a nuestro país interior, ese país que perdemos constantemente en nuestra vida diaria. Conocí a padres que llegaron a ser verdaderos maestros en inventarse cuentos para sus hijos a través de la costumbre de leer o contar cuentos a sus hijos antes de dormir.

Pequeños ritos y costumbres, como buscar un rincón protegido, encender una vela, cantar o recitar un versito y hacerlo siempre a la misma hora, ayuda a todos los participantes a entrar en el ambiente mágico que irradia el cuento. También podemos terminar con un versito, una oración o una canción.

Personas como Goethe, Dickens, Einstein, Mandela, Matutes, Bettelheim y muchos más hablan llenos de gratitud de lo que han recibido en su niñez, gracias a los cuentos y como, a lo largo de sus vidas, se dieron cuenta de sus frutos inagotables y morales.

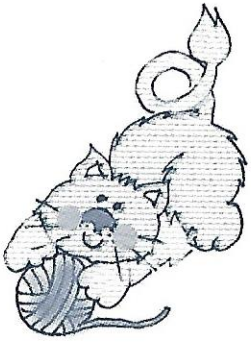
Heidi Bieler

De la mano del cuento,
querida madre (querido padre)
llévame a un hermoso país
Alegremente iré tras de ti
De la mano del cuento,
querida madre (querido padre)
en silencio te seguiré.

ESTE ERA UN GATO

Este era un gato
que tenía los pies de trapo
y la barriguita al revés.
¿Quieres que te lo cuente otra vez?
- Sí.
- Yo no te digo que digas "sí",
sino que este era un gato
que tenía los pies de trapo
etc, etc...

Anónimo (España)



EL PADRE Y LOS HIJOS

Este era un hombre que tenía dos hijos, uno era grande y el otro era chiquito; uno se llamaba Pancho y el otro Panchito.

Cuando el hombre se levantaba, se levantaba con sus dos hijos; uno era grande y el otro chiquito; uno se llamaba Pancho y el otro Panchito.

Cuando el hombre desayunaba, desayunaba con sus dos hijos; uno era grande y el otro chiquito; uno se llamaba Pancho y el otro Panchito.

Cuando el hombre almorzaba, almorzaba con sus dos hijos; uno era grande y el otro chiquito; uno se llamaba Pancho y el otro Panchito.

Cuando el hombre comía, comía con sus dos hijos... etc.

(Pueden añadirse otras acciones: peinar, saltar, bailar, dormir, etc...)

Puerto Rico

TRES PEQUEÑOS GATOS

Cuento ruso

En el jardín al pie de un banco
Hay tres gatitos jugando.
Uno negro, uno gris y uno blanco.

De repente, una ratita muy fina
Ha entrado en el saco de harina
Los gatitos saltan dentro del saco
Y hete aquí, que ahora todos son blancos.

La ratita que todo lo ha percibido
Intenta salir por un agujerito
Y dentro de la chimenea ha caído.

De un salto los gatos también lo hicieron
Y también ellos al fondo cayeron.

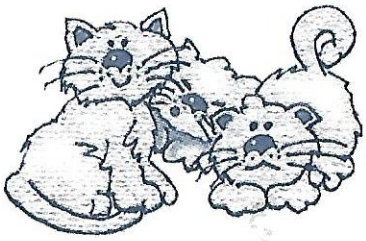
Los gatitos que son muy traviesos
Ahora, se han vuelto muy, muy negros.

En la orilla soleada del lago
La rana se toma un baño
Y caza moscas todo el año.

Los gatos prudentes se acechan
Y con ojos abiertos observan.

Y zas, los gatos al agua han saltado
Pero la rana se ha escapado.

Todos mojados y tiritando
Como al principio están quedando:
Uno negro, uno gris y uno blanco.



PATITO ENSAYA SU VOZ

Cuento de Estados Unidos

Érase una vez un patito muy gordito, que deseoso de conocer mundo, se escapó un día de su casa. Andando de un lado para otro se encontró a un gatito.

- *¡Miau!*- dijo Gatito.
- *¡O-o-oh!*- exclamó Patito-. *Me parece que yo también lo puedo decir.*
¿Pero creéis que Patito dijo *¡Miau!*?
¡De ningún modo!
Lo intentó, pero lo más que llegó a decir fué:
- *¡Miac!, ¡miac!*
Lo que no sonaba nada bien.

Entonces Patito se fue, balanceándose como siempre al andar, y al cabo de un rato se encontró a un perrito.

- *¡Guau!, ¡guau!*- dijo Perrito.
- *¡O-o-oh!*- exclamó Patito-. *Me parece que yo también lo puedo hacer.*
¿Pero creéis que Patito dijo: *¡Guau, guau!*?
¡De ningún modo!

Lo intentó, pero lo más que llegó a decir fue:
- *¡Bac!, ¡bac!*
Lo que no sonaba nada bien.

Entonces Patito se fue, balanceándose como siempre al andar, y al cabo de un rato vio a un pajarito en un árbol.

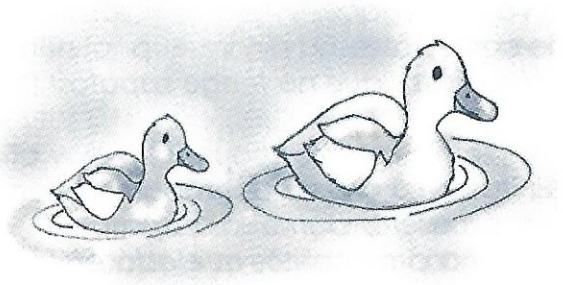
- *¡Tuiiit-tuiit, tuiit-tuiit, tuiit!*- dijo Pajarito Amarillo.
- *¡O-o-oh!*- exclamó en un susurro Patito-. *Me parece que yo también lo puedo cantar.*
¿Pero creéis que Patito cantó *¡tuiit-tuiit!*?
¡De ningún modo!
Lo intentó lo mejor que pudo, pero lo más que llegó a cantar fue:
- *¡Tuac!, ¡tuac!*
Lo que no sonaba nada bien.

Entonces Patito se fue, balanceándose como siempre al andar, y al cabo de un rato vio a una vaca.
- *¡Mu-u-u¡*- dijo doña Vaca.
- ¡O-o-oh!- pensó Patito-. *Me parece que yo también puedo mugir así.*
¿Pero creéis que Patito pudo decir: *¡Mu-u-u!*?
¡De ningún modo!
Lo intentó, pero lo único que consiguió fue:
- *¡Me-ec!, ¡me-ec!*
Lo que no sonaba nada bien.

Entonces Patito se puso muy triste.
No podía decir *Miau*, como Gatito
No podía decir *Guau-guau*, como Perrito
No podía decir *Tuiit, tuiit*, como Pajarito Amarillo.
No podía decir *Mu-u-u*, como doña Vaca.

Y siguió andando despacio, balanceándose como siempre. Al cabo vio a su madre, a Mamá Pata, que había salido en su busca.

- *¡Cuac!, ¡cuac!*- gritó Mamá Pata.
- *¡O-o-oh!*- se dijo para sí alegremente Patito-. *Éste es el sonido más bello de todo el mundo. Me parece que yo también puedo hacerlo.*
Y entonces vio que podía decir:
- *¡Cuac!, ¡cuac!*
Y lo hacía muy bien.



EL POLLITO DE LA AVELLANEDA

Cuento popular español

Canción:

Pica, pica la gallina,
Pica, pica por doquier,
Semillitas y raíces
Que a ella le gusta comer

Pues señor, este era un pollito que picoteaba con su gallinita en la avellaneda, se le atragantó una avellana, y se iba a ahogar. Así que la gallinita corrió a casa de la dueña para decirle:

- Dueña, buena dueña, ven a sacar la avellana a mi pollito, que está en la avellaneda y se va a ahogar.

Pero la dueña le contestó:

- ¡Ay, gallinita, mi gallinita, que no tengo zapatos! Dile al zapatero que te los dé.

Entonces la gallinita corrió a casa del zapatero:

- Zapatero, buen zapatero, dame los zapatos de mi dueña, para que vaya a sacar la avellana a mi pollito, que está en la avellaneda y se va a ahogar.

Pero el zapatero le contestó:
- *¡Ay, gallina, mi gallinita, que no tengo cuero, dile a la cabra que te lo dé!*

Entonces la gallinita corrió a casa de la cabra:
- *Cabra, buena cabra, dame cuero para el zapatero, para que haga los zapatos de mi dueña, para que vaya a sacar la avellana a mi pollito, que está en la avellaneda y se va a ahogar...*

Pero la cabra le contestó;
- *¡Ay, gallina, mi gallinita, que mi cuero tiene hambre, dile al prado que te dé hierba!*

Entonces la gallinita corrió al prado para decirle:
- *Prado, buen prado, dame hierba para la cabra para que dé cuero al zapatero, para que haga los zapatos de mi dueña, para que vaya a sacar la avellana a mi pollito, que está en la avellaneda y se va a ahogar...*

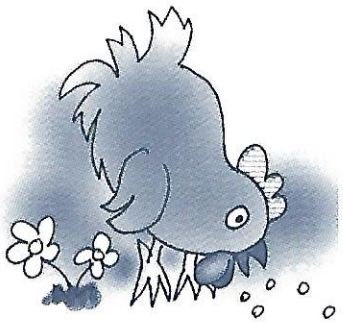
Pero el prado le contestó:
- *¡Ay, gallina, mi gallinita, que mi hierba está muy seca, dile a las nubes que te den agua!*

Entonces la gallinita voló a las nubes para decirles:
- *Nubes, buenas nubes, dad agua al prado, para que dé hierba a la cabra, para que dé cuero al zapatero, para que haga los zapatos de mi dueña, para que vaya a sacar la avellana a mi pollito, que está en la avellaneda y se va a ahogar...*

Y entonces las nubes, las buenas nubes, dieron agua al prado, el prado dio hierba a la cabra, la cabra dio cuero al zapatero, el zapatero hizo los zapatos de la dueña, que fue a sacar la avellana al pollito que estaba en la avellaneda y no se ahogó...

Cancion:

Pica, pica la gallina
Pica, pica por doquier,
Semillitas y raíces
Que a ella le gusta comer



SEMILLAS

Érase una vez un niño que vivía en una casa rodeada de un gran jardín. Los árboles y las flores del jardín eran amigos. Un día su madre le dio un puñado de semillas y le dijo:

- *Vamos al jardín a sembrar estas semillas en la tierra. Si las cuidamos mucho y con la ayuda de todos los amigos, veremos cómo crecen.*

Los primeros ayudantes serán las hadas de la lluvia que cantarán:

- *¡Ya es hora de despertar!*

Luego vendrán las hadas de la tierra y ayudarán a las raíces para que crezcan y se arraiguen con fuerza. Luego vendrán las hadas del viento, jugarán con las hojas y ayudarán a las plantas a crecer hacia el sol. Y al fin un día las plantas notarán que algo brilla en sus capullos; abrirán sus pétalos y ¿a quién verán? ¡al sol!

El niño llevó las semillas al jardín y las plantó en la tierra. Las cuidó con mucho cariño, y juntos, las plantas y el niño, rectos y fuertes crecieron.

EL GIRASOL

Cuento alemán

Dos gallitos paseaban por el corral. Encontraron dos semillas.

- *¡Co - co - co!* - dijo Cresta Dorada,- *ya he comido y no quiero más.*

- *¡Co - co - co!*- dijo Cresta Roja- *yo tampoco quiero, vamos a esconderlas.*

Cresta Dorada escondió su semilla en una cajita vacía. Cresta Roja hizo un hoyito al lado de la tapia y puso allí la semilla. Apenas tapó el hoyito con tierra, empezó a llover.

- *¡Co - co - co!* - rió Cresta Dorada,- *se mojará tu semilla. ¡Mira cómo la has escondido! Da risa.*

Cresta Roja quiso responder, pero prefirió callar. Pasó el verano, llegó el otoño, crecieron los gallitos, se convirtieron en hermosos gallos.

- *¡Co - co - co!* - gritó Cresta Dorada,- *comeré mi semillita que guardé en la cajita. Lástima que es solo una, no me llenará.*

- *También iré a comer* -sonrió Cresta Roja, y se acercó a la tapia donde había enterrado la semillita.

Allí había crecido un gran girasol y en lugar de una, tenía muchas semillitas.

- *¡Venid!* - gritó Cresta Roja.

Invitó a gallinas, pollitos, patitos... convidó a todos a semillas, hubo para todos y hasta sobraron.

EL CARACOL

El caracol
bajo un árbol su casita
tiene, dura y redondita,
muy a oscuras, porque el sol
no le gusta al caracol.

Y suele así cantar:
"Sólo una salita
tiene mi linda casita
y en ella soy muy feliz
¡pues me basta para mí!"

¡Ay caracol,
pareces un ermitaño!
Si eres siempre tan huraño,
verás que, a solas contigo,
nunca tendrás un amigo.

España

EL CARACOL QUE QUERIA BUSCAR EL SOL

Cuento catalán, recopilado por Joan Amadeus

Había una vez
Un pequeño caracol
Que quería conocer
El lugar por el que salía el sol

... Y camina que caminarás, no descansó en siete días y siete noches. Aun no lo había encontrado, pero se paró, porque le empezó a dar un dolor muy fuerte en la barriga. Vio una col y quiso coger una hoja para hacerse una sopita que aliviaría el dolor. Y tira que tirarás, no la pudo arrancar.

Con estas pasó un ESCARABAJO y le dijo:
- ¿Qué haces caracol?
- Quiero arrancar esta hoja de col,
pues he pillado un buen dolor,
yendo a ver por donde sale el sol.
- Como veo que sólo no puedes, yo te ayudaré.
Y el escarabajo agarró al caracol
y tira que te tirarás,
pero a pesar del esfuerzo
la hoja no se movió.

Con estas pasó una RANA
- ¿Qué hacéis aquí tan ajetreados?
Y el escarabajo respondió:
- Quiero ayudar al caracol
a arrancar la hoja de la col
pues ha pillado un buen dolor
al ir a ver por donde sale el sol.
La rana respondió:
- Como veo que solos no podéis, yo os ayudaré.
Y la rana agarró al escarabajo,
el escarabajo agarró al caracol,
y los tres tira que te tirarás,
tira que te tirarás
y la hoja no se quería soltar.

Con estas paso un SAPO y dijo:
- ¿Qué hacéis tan ajetreados?
Y le contestaron:
- Ayudamos al caracol
a arrancar la hoja de la col,
pues ha pillado un buen dolor
al ir a ver por donde sale el sol.
- Como veo que solos no podéis, yo os ayudaré.
Y el sapo agarró a la rana,
la rana agarró al escarabajo,
el escarabajo agarró al caracol,

y los cuatro tira que te tirarás,
tira que te tirarás,
pero la hoja no se quería soltar.

Con estas pasó una ARDILLA y dijo:
- ¿Qué hacéis tan ajetreados?
Y le contestaron:
- Ayudamos al caracol
a arrancar la hoja de la col,
pues ha pillado un buen dolor
al ir a ver por donde sale el sol.
Como veo que solos no podéis, yo os ayudaré.
Y la ardilla agarró al sapo,
el sapo agarró a la rana,
la rana agarró al escarabajo,
el escarabajo agarró al caracol,
y los cinco tira que tirarás,
tira que tirarás, pero la hoja no se soltó.

Con estas pasó un CONEJO y dijo:
- ¿Qué hacéis tan ajetreados?
Y le contestaron:
Ayudamos al caracol
a arrancar la hoja de la col,
pues ha pillado un buen dolor
al ir a ver por donde sale el sol.

Como veo que solos no podéis, yo os ayudaré.
Y el conejo agarró a la ardilla,
la ardilla agarró al sapo,
el sapo agarró a la rana,
la rana agarró al escarabajo,
el escarabajo agarró al caracol,
y tira que tirarás, tira que tirarás
y tanto tiraron que arrancaron la hoja de la col
y con ella la col entera,
pero del tirón todos cayeron al suelo y quedaron:

Deslomados,
Aplastados,
Descostillados,
Cuellotorcidos,
Desnarigados,
Patiquebrados

Todos, todos excepto el escarabajo
que fue a pedir ayuda y la encontró.
Pronto estuvieron todos curados,
haciéndose entre ellos muy buenos amigos
y fue también asi como el cuento se terminó.

Versión libre de Auria Gómez Galcerán. Se puede hacer una versión mas larga, añadiendo otros animales como el gato, el zorro, el perro, el lobo y el asno.

MATARIKI Y LAS SIETE ESTRELLAS

(Matariki es el nombre Maorí para las estrellas conocidas como las Pléyades del grupo de las Siete Hermanas, relacionadas con la celebración del año nuevo Maorí)

Un día mamá pez les dijo a sus siete hijitos:

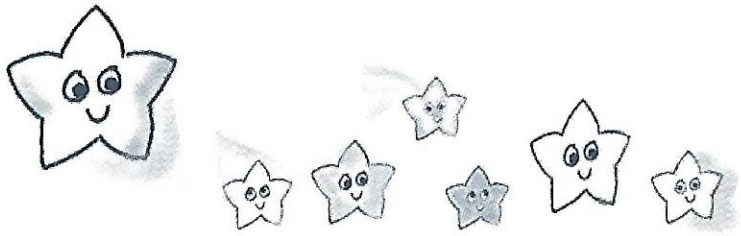
- Escuchadme con mucha atención. Aseguraos de nadar cerca de las rocas y no os aventuréis por el mar abierto pues hoy Tataraimaka va a pescar.

Tataraimaka era un gigante pescador que tenía una enorme red negra ésta hacía magia y había sido tejida con el lino que crecía en la Bahía de los Espíritus.

Un día que el mar estaba tranquilo, brillante y transparente, apareció un hermoso arco iris que bailaba con las estelas de agua. Los pececillos encantados con todos sus colores, inventaban juegos muy divertidos y así, pronto olvidaron las advertencias de su mamá y no tuvieron cuidado ante el peligro que se avecinaba. La negra red golpeó el agua de improviso y los siete pececillos fueron atrapados. Lloraban y lloraban haciendo cada vez más salado el mar con sus lagrimas.

Tane, el Dios de la luz, escuchó sus llantos y se compadeció de ellos; así pues, le quitó la red a Tataraimaka y alzándola hacia lo mas alto, transportó a los pececillos hasta el cielo. Allí se convirtieron en brillantes estrellas que puedes ver cada noche allá lejos, en el horizonte.

Seis de ellas tienen nombre: Toheti, Toheta, Tupu a rangi, Tupuanuku, Ururangi y Waipuna a rangi. La séptima permanece sin nombre porque es la estrella de todos los niños del mundo, la tuya también. Antes de dormir, desde tu camita puedes ponerle un nombre y así, cuando cierres los ojos, dormirás entre amigos con felices sueños.



UNA HISTORIA DE MICAEL

Del Jardín de Infancia de Washington, USA
Bella Schauman

Un día, al final del verano, un niño pequeño se fue con su padre a pasear por los campos y los huertos. El aire era fresco y cristalino, y la luz como el oro. El sol brillante había llenado todos los granos de trigo con luz de verano. Los granos de trigo en sus espigas estaban a punto de reventar sus cáscaras. Las manzanas en los árboles estaban gordas y coloradas, a punto de caer al suelo.

Durante el día, el niño y su padre estuvieron trabajando. El padre afilaba su guadaña una y otra vez. Silbaba y cantaba mientras cortaba el trigo dorado. El niño tuvo que subir por una escalera alta para recoger de los árboles las manzanas amarillas y rojas.

Al principio, tenía miedo de subir por la escalera. Pensaba que podría caerse, pero luego se llenó de valor y subió. Subido en lo alto de la escalera del huerto, llenó cestas y cestas de manzanas maduras y coloradas.

Finalmente se hizo tarde. El padre y el niño habían trabajado mucho y bien. Volvieron a casa donde les esperaba la madre con una deliciosa cena, y luego se fueron a la cama. Aquella noche, mientras el niño estaba durmiendo, el Arcángel Micael se le acercó y le dijo:

- *Vente conmigo, te enseñaré algo especial.*

Micael cogió al niño de la mano y juntos subieron alto,alto, alto, hasta que llegaron al reino de las estrellas. Las estrellas irradiaban y brillaban y cuando Micael pasó por delante de ellas las tocó con su espada luminosa. Tanto amor y fuerza emanaban del toque de la espada que hizo estremecer a las estrellas, dejando brillante luz y deslumbrantes trazos de fuego al pasar ante ellas.

Siguieron adelante, y Micael le contó al niño lo contento que estaba de haberle visto cosechar manzanas durante todo el día en la huerta. Había visto al niño subido a la escalera, llenando las cestas con manzanas maduras y coloradas durante todo el día. Entonces Micael tomó su espada brillante y la transformó en una lira y se puso a tocar con ella una canción. La canción era tan pura, buena y verdadera que el niño se quedó mucho tiempo escuchando.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, el niño le habló a su padre de Micael, de su espada luminosa y de la música de la lira.

- *Me gustaría ir otra vez a ver las estrellas*, - dijo.

Su padre le dijo:

- *Vente conmigo, te enseñaré algo especial. Hoy no iremos a cosechar en los campos y los huertos. Hoy trabajarás en casa.*

Durante toda la mañana, el padre, la madre y el niño abrillantaron las manzanas amarillas y rojas que el niño había cosechado el día anterior.

Cuando terminaron, era hora de comer. La madre cogió un cuchillo y cortó en dos una manzana brillante y roja. Y allí dentro encontró una estrella...

EL GNOMO DE LAS MANZANAS

Cuento recopilado por Laura Pla

Bajo un gran pino, cerca del camino, vivía un pequeño gnomo, no más grande que una seta.

Cuando llegó el otoño, el pequeño gnomo, pensó que necesitaba recoger las manzanas del huerto, si quería llenar la despensa para pasar el largo invierno.

Al día siguiente, de madrugada, se puso las botas, el abrigo y el gorro, se ciñó la mochila a la espalda y se puso en camino. Pero al poco de caminar por el bosque, oyó de pronto un pequeño ruido; *crec, crec, crec;* y se topó con la cara de un zorro que lo estaba vigilando con sus astutos ojos verdes.

Corre que te corre. El pequeño gnomo volvió raudo a su casa y dijo:
- !Uf! Casi he dejado la piel ¡En otro momento volveré!

Al día siguiente, de madrugada, se puso las botas, el abrigo y el gorro, se ciñó la mochila a la espalda y se puso en camino. Esta vez salió del bosque sin sobresaltos hasta que llegó a un bello prado donde pastaban las vacas; *muu, muu, muu...*

La mayor de todas las vacas sacó su larga y larga lengua, como si quisiera comerse al pequeño gnomo, y él, muy asustado, volvió corriendo hasta su pino:

- *¡Uf! ¡Ahí casi he dejado la vida! ¡Volveré otro día!*

Al día siguiente, oyó el tintineo de las campanas del pueblo. El pequeño gnomo salió con sus botas, abrigo, el pequeño gorro y la mochila a la espalda y atravesó el bosque, cruzó el prado y llegó hasta el huerto. ¡Las manzanas estaban tan altas y él estaba tan abajo!

El viento jugaba alegremente entre las ramas del árbol, y al ver al gnomo tan triste... hizo caer amablemente la más dulce manzana hasta sus manos. ¡Qué alegría!

El gnomo le saludó alegremente, dio las gracias y después de guardar la manzana en la mochila, regresó a su casa. ¿Qué creéis que pasó luego? En su casa, el pequeño gnomo se comió un trozo de manzana hasta quedar bien saciado, y luego... luego partió a trozos la manzana que quedaba, la puso en una cacerola con azúcar y dándole vueltas y mas vueltas, hizo una buena mermelada. Cuando hubo terminado, y tenía todos los botes llenos, estaba tan cansado que se tumbó en su pequeña camita de musgo y se durmió. Y la luna, desde la ventana, dulcemente le cantó para acunarlo...



LA GALLINITA ROJA Y EL ZORRO

Cuento irlandés

En alguna parte, en una casita pequeña al lado del bosque vivían un gatito, un ratoncito y una gallinita roja. Allí, el gatito tenía una cesta blanda, el ratoncito tenía un agujero profundo y la gallinita roja una alta barra de gallinero. Una mañana, la gallinita roja se despertó y dijo:

- *¿Quién se levantará y encenderá el fuego en el horno?*
- *Yo no,* - dijo el gatito.
- *Yo tampoco,* - dijo el ratoncito.
- *Pues lo haré yo,* - dijo la gallinita roja. Y se fue a encender el fuego.

Cuando el fuego estaba encendido, dijo la gallinita roja:
- *¿Quién barrerá la salita?*
- *Yo no* - dijo el gatito.
- *Yo tampoco* - dijo el ratoncito.
- *Pues lo haré yo* - dijo la gallinita roja. Y se fue a barrer la salita.

Cuando la salita estaba barrida, dijo la gallinita:
- *¿Quién preparará el desayuno?*
- *Yo no* - dijo el gatito.
- *Yo tampoco* - dijo el ratoncito.

- *Pues lo prepararé yo* - dijo la gallinita roja.
Y se fue a preparar el desayuno.

Cuando el desayuno estaba preparado, dijo la gallinita roja:
- *¿Quién tomará este desayuno?*
- *Yo* - dijo el gatito.
- *Yo también* - dijo el ratoncito.
- *¡No!, lo tomaré yo sólita* - dijo la gallinita roja-, *a no ser que me prometáis que desde ahora me ayudaréis siempre.*
- *Lo haremos* - dijo el gatito.
- *Lo haremos* - dijo el ratoncito.

Así la gallinita roja sintió compasión de sus amigos y compartió con ellos el desayuno. Cuando terminaron con el desayuno, la gallinita roja miró por la ventana. ¿Y a quién vio en la calle? ¡Al zorro!

- *¡Viene el zorro!* - gritó, y corrió a su barra del gallinero.
- *¡Viene el zorro!* - gritó el gatito y se enrolló en su cesta.
- *¡Viene el zorro!* - gritó el ratoncito y se metió en su agujero.

El zorro entró en la casita.
- *Buenos días, ratoncito. Buenos días, gatito. Buenos días, gallinita roja. ¿Quién de vosotros me rascará la piel?*
- *Yo no* - dijo el gatito.
- *Yo tampoco* - dijo el ratoncito.
- *Pues te rascaré yo* - dijo la gallinita roja.

Le rasco y le rascó, desde el rabo hasta las orejas. Cuando llegó a las orejas, el zorro le dio un zarpazo y metió a la gallinita en un saco.

- *¿Quién me ayudará?* - gritó la gallinita roja desde el saco.
- *Yo no* - dijo el gatito, y se agachó aún más en su cesta.
- *Yo tampoco* - dijo el ratoncito, y se encogió aún más en su agujero.

Ellos creyeron que de esta forma se podrían salvar. Pero no era así. El zorro dio un salto, cogió al gatito de la cesta, atrapó al ratoncito del agujero y los metió en el saco, junto a la gallinita roja. Se colgó el saco en su espalda y se fue hacia su casa.

Era un día muy bonito y caluroso, y el saco con el gatito, el ratoncito y la gallinita roja le pesaba cada vez más al zorro. Lo tiró al suelo, se tumbó en la sombra, y se durmió.

Apenas se había dormido, cuando la gallinita roja sacó unas tijeras pequeñas de debajo de su ala, una aguja y un hilo, y dijo:

- *¿Quién cortará con las tijeras?*
- *Yo* - dijo el gatito.
- *Yo también* - dijo el ratoncito.

Y así, con fuerzas unidas, cortaron el saco y salieron de él.

Cuando estaban libres, dijo la gallinita roja:

- *¿Quien me traerá piedras?*
- *Yo* - dijo el gatito.
- *Yo también* - dijo el ratoncito.

Y así, con fuerzas unidas, trajeron tres piedras y las metieron en el saco.
Cuando las piedras estaban en el saco, dijo la gallinita roja:
- *¿Quién coserá el saco?*
- *Yo* - dijo el gatito.
- *Yo también* - dijo el ratoncito.

Y así, con fuerzas unidas, remendaron el saco y se fueron corriendo a casa. Desde aquel día, el gatito y el ratoncito ayudaron siempre a la gallinita roja.

¿Y qué pasó con el zorro? Se despertó después de un rato, cogió el saco, se lo puso por encima de los hombros y se fue a su casa.
- *Me he dormido una buena siesta* - se dijo-, *pero este saco es pesado, muy pesado.*

Cuando llegó a su casa, gritó desde lejos:
- *¡Señora madre, ponga la olla de cristal en el horno, traigo la cena!*

La vieja zorra puso la olla de cristal en el horno, la llenó de agua y encendió el fuego.

Cuando el agua empezó a hervir, el zorro subió con el saco al tejado, lo volcó justo encima de la chimenea, y lo abrió:
- *Gatito, ratoncito, gallinita roja, ¡hala, a la olla!*

Y sacudió a través de la chimenea todo lo que había traído. Pero... ¡en vez del gatito, el ratoncito y la gallinita roja cayeron las tres grandes piedras! ¡La olla de cristal se rompió en mil pedazos!

Cuando la vieja zorra lo vio, se enfureció, salió de la cocina, atravesó el patio, se quitó un zueco y lo lanzó al zorro. Y éste se cayó del tejado.

Así, el zorro, en vez de una cena, tenía dos chichones. Uno por el zueco y el otro porque se cayó al suelo.



LA LIEBRE

Cuento inglés

En el tiempo en que el niño Jesús vivía entre los hombres la Tierra empezaba a morirse; los fuertes robles ya no podían aguantar las tormentas y los delicados juncos se tambaleaban hasta romperse. Las flores apenas abrían sus capullos para mirar al sol. Hombres y mujeres vagaban por la tierra con el corazón muy triste y la mirada sin esperanza.

Sólo el niño Jesús sabía que la Tierra no iba a morir, porque él había venido para traer la vida y la esperanza. Entonces llamó a los animales y les dijo:

- Uno de vosotros será mi mensajero y viajará por todo el mundo diciendo a cuantos se encuentre: la Tierra volverá a la vida, pues ha venido el niño Jesús.

Entonces todos los animales se apresuraron a decirle:

- ¡Mándame a mí, mándame a mí!.

El niño Jesús vio que la elección iba a ser muy difícil y dijo:

- Aquél que pueda dar la vuelta a la Tierra y volver más rápido que ninguno, será mi mensajero elegido.

El ciervo salvaje pensó:

- Yo tengo los pies más ligeros que nadie, ganaré la carrera.

Y se fue dando saltos a través de las colinas, pero al llegar a las tierras altas y rocosas no pudo resistir la tentación de jugar entre las rocas. Y estaba tan contento jugando que se olvidó de que el tiempo pasaba.

El salmón se dijo:

- *Puedo nadar por el agua y flotar en la corriente, iré mucho más rápido que las pesadas bestias.*

Pero cuando vio los rayos de sol brillando en el agua, pensó que eran moscas de oro. Todo el día estuvo tratando de cazar a los brillantes insectos y así estuvo hasta el anochecer.

El halcón dijo exultante:

- *Soy el más rápido de toda la Tierra.*

Y salió disparado como una flecha hacia el cielo azul. Pero de repente sus ojos vieron un pequeño ratón campestre entre los maizales. Derecho como el plomo descendió y olvidó su viaje en la alegría de la persecución.

Sólo la liebre se mantuvo firme en su camino, sin ir a izquierda ni a derecha, mirando siempre hacia adelante. Rápida emprendió su carrera, y justo cuando el sol empezaba a ponerse acabó su vuelta a la Tierra. Así fue como la liebre fue elegida mensajera del niño Jesús.

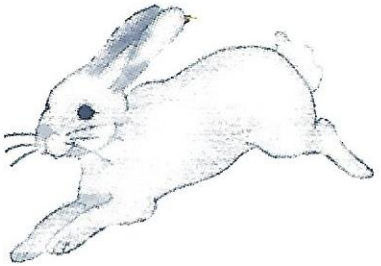
Pero cuando el señor le dijo que llevara la buena nueva a todos los hombres, la liebre se sobresalto:

- *¿Cómo podré hacer que me crean?*

Y entonces el niño Jesús le pidió al cuervo que le regalara uno de sus huevos:

- *Enséñales este huevo* - dijo nuestro Señor-, *y diles; así como la yema dorada brilla en el huevo, así el niño que vino del cielo trajo la luz del sol a la Tierra, y la Tierra no morirá, sino que vivirá de nuevo.*

Y entonces la liebre emprendió su camino con alegría.



EL RÁBANO GIGANTE

Cuento ruso

En una mañana de primavera el abuelito encontró un montoncito de semillas de rábano en su jardín. El tiempo pasó y la lluvia fue cayendo sobre las semillas, el sol las calentó y así los rábanos comenzaron a crecer y a crecer. Cada día crecían mas rápido y más alto. Pero uno de ellos creció muchísimo más que los otros, creció y creció inmensamente, hasta convertirse en un rábano gigante, nadie había visto jamás uno tan enorme.

Un día el anciano hombre imaginó en su plato aquel rábano para la cena, se puso su chaqueta y sus grandes botas de campo y salió al jardín. Agarró el rábano por las hojas y tiró y tiró con todas sus fuerzas, pero no logró desenterrarlo.

El abuelito llamó entonces a su mujer para que le ayudara a tirar del enorme rábano. La anciana agarró por la cintura al anciano. Entonces el hombre tiró y tiró y la mujer tiró con él. Tiraron y tiraron con todas sus fuerzas pero no lograron desenterrarlo.

La abuelita llamó al nieto paro que les ayudara. El niño agarró a la anciana por la cintura. Entonces el abuelito tiró y la abuelita tiró y tiró el niño también. Tiraron y tiraron con todas sus fuerzas pero no lograron desenterrarlo.

El niño llamó a la niña para que les ayudara a tirar del enorme rábano. La niña agarró por el jersey al niño. Entonces el abuelito tiró, la abuelita tiró, el nieto tiró y tiró la nieta también. Tiraron y tiraron con todas sus fuerzas pero no lograron desenterrarlo.

La niña llamó a un gran perro para que les ayudara a tirar del enorme rábano. El gran perro agarró a la nieta por la falda. Entonces el abuelito tiró, la abuelita tiró, el nieto tiró, la nieta tiró y tiró el gran perro también. Tiraron y tiraron con todas sus fuerzas pero no lograron desenterrarlo.

El gran perro llamó a un gato blanco para que les ayudara a tirar del enorme rábano. El gato blanco agarró al gran perro por la cola. Entonces el abuelito tiró, la abuelita tiró, el nieto, la nieta, el perro tiró y tiró el gato blanco también. Tiraron y tiraron con todas sus fuerzas pero no lograron desenterrarlo.

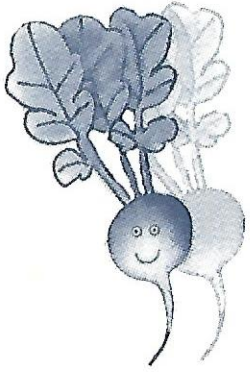
El gato blanco llamó a un ratón para que les ayudara a tirar del enorme rábano. El ratoncito se agarro a la cola del gato. Entonces el abuelito tiró, la abuelita tiró, el nieto tiró, la nieta tiró, el gran perro tiró, el gato blanco tiró y tiró el ratoncito también. Tiraron y tiraron con todas sus fuerzas. Y en ese mismo momento tirando todos a la vez ¡zas!, consiguieron desenterrar el enorme rábano. Y con aquel fuerte tirón que dieron todos, cayeron uno tras otro al suelo.

El enorme rábano cayó encima del abuelito,
el abuelito cayó encima de la abuelita,
la abuelita cayó encima del nieto,
el nieto cayó encima de la nieta,

la nieta cayó encima del gran perro,
el gran perro cayó encima del gato blanco,
y el gato blanco cayó encima del ratoncito.

Se levantaron todos enseguida, sacudieron sus ropas y empezaron a reír a carcajadas y durante un rato bien largo no pudieron parar de reír. Luego cargaron entre todos el enorme rábano hasta la cocina. El abuelito lo cortó y preparó una deliciosa cena con él. Entonces el abuelo, la abuela, el nieto, la nieta, el gran perro, el gato blanco y el ratoncito comenzaron a comérselo, comieron y comieron hasta quedar completamente llenos. Pero no pudieron terminar con todo el rábano. Había suficiente todavía para cenar todos juntos otra vez al día siguiente y al otro, y al otro...

Y éste es el fin de la historia del rábano gigante.



AVENTURA DE PERIQUITO

Cuento de Colombia

Una vez que Periquito
vio un claro y limpio arroyuelo,
pensó bañarse y, sin más,
dejó su ropa en el suelo.
Desnudo como un sapito
se puso a nadar contento,
cuando se llevó sus ropas
una ráfaga de viento.

Salió del agua y se puso
a llorar con desconsuelo.
Una vaca que pasó
se arrancó un trozo de cuero.
Y al minuto le entregaba
un par de zapatos nuevos.

Un gusanito de seda
se puso a tejer ligero,
una camisa de seda
le preparó con esmero
y una ovejita, su lana
teje que teje, tejiendo,
le tejió unos pantalones
como a medida hechos.

Periquito se olvidó
de su pena y desconsuelo,
y así les dijo a los tres
que tan presto le vistieron:
Trabajad más ¡haraganes!
¿No veis que falta el sombrero?.

-Pues a mí, dijo la vaca,
me falta un trozo de cuero
- Y a mí, dijo el gusanito,
todo un capullito entero.
- Y a mí, dijo la ovejita,
me falta un vellón y medio .
-Devuelve lo que te dimos,
los tres a coro dijeron,
- que nosotros ayudamos
tan solo a los niños buenos.

Y otra vez vuelven a estar
las cosas como estuvieron,
quedándose Periquito,
por descortés y altanero,
desnudito como antes,
llorando su desconsuelo.

Expresaba sin parar:
¡Que buenos amigos tengo!
no vi lo que ellos me dieron
con ese amor tan sincero.

Unos ojos lo miraban
detrás de aquel riachuelo
eran sus buenos amigos
aquellos tres compañeros
que saliendo por sorpresa
a Periquito vistieron
con camisita, zapatos
y pantaloncitos nuevos.

Periquito muy contento
uno a uno agradeció
jugó con el viento un rato
y pronto a casa volvió.

EL MAGNÍFICO GALLO Y LA PEQUEÑA HORMIGA

Cuento norteamericano

Había una vez un magnífico gallo, un héroe orgulloso y poderoso. Una mañana soleada iba jactancioso con sus espléndidos pantalones de aquí para allá en el corral, picoteando granos y gusanos. Se topó con una pequeña hormiga que estaba luchando por llevar un grano de semilla que era mucho más grande que ella. El magnífico gallo le dijo:

- ¡Bueno, bueno, pequeña hormiga, yo podría comer todo tu grano y comerte a ti también!

A pesar de que el gallo magnífico era tan orgulloso y espléndido, la pequeña hormiga no le temía en absoluto. Ella le replicó con calma;

- Por favor no te comas mi pequeño grano de semilla porque mis hijos lo necesitan. Mis hijos me necesitan a mí también, así que no me comas tampoco a mí. Sería mucho más amable si me ayudases a llevar este grano de semilla. Estoy luchando por ello porque es mucho más grande que yo.

Esto divirtió al magnífico gallo y le preguntó:

- ¿Por qué debería yo, héroe poderoso, llevar para ti, una pequeña hormiga, este grano de semilla?

La pequeña hormiga le replicó nuevamente con calma:
- Porque unos deben ayudar a otros.

Entonces el magnífico gallo cacareó y rió, cogió el grano de semilla en su pico y lo llevó al hormiguero para la pequeña hormiga. Cuando ella le dio las gracias se inclinó majestuosamente ante ella. Luego con sus espléndidas plumas, jactancioso, siguió yendo de aquí para allá en el corral.

Ocurrió que delante de la puerta del corral había escondido en la hierba alta un zorro muy astuto que observaba al magnífico gallo. De repente el gallo oyó una voz que le murmuraba desde alguna parte:
- Héroe poderoso ¿no te gustaría cacarear la hora del día para nosotros? Tal vez aquí abajo en la puerta del corral, donde todos te podamos admirar.

El gallo se sintió especialmente soberbio y poderoso, y voló hasta la puerta del corral aleteando y cacareando orgullosamente: *¡Ki ki ri ki!.*

Entonces oyó la misma voz desde alguna parte diciendo:
- ¡Maravilloso! pero ¿no sabías, héroe poderoso, que los héroes más poderosos y orgullosos cacarean con los ojos cerrados?

El magnífico gallo volvió a aletear sus alas, cerró los ojos y cacareó aún con más orgullo y poder. *¡Ki ki ri kí!*, y mientras sus ojos estaban cerrados, el astuto zorro se lanzó sobre él, agarrando sus espléndidos pantalones de pluma, y corrió como el viento a su guarida con el magnífico gallo entre los dientes.

Pero la pequeña hormiga lo había visto todo desde su hormiguero. Corrió tan rápidamente como pudo hasta la querida gallina del gallo:

- Querida gallina, el astuto zorro ha cogido a nuestro magnífico gallo, nuestro héroe orgulloso y poderoso. ¡Le ha roto sus espléndidos pantalones de pluma y se lo ha llevado para comérselo!

Entonces la gallina llamó al pato:

- Pato, la pequeña hormiga me ha dicho que el astuto zorro ha cogido a nuestro gallo, nuestro héroe orgulloso y poderoso. ¡Le ha roto sus espléndidos pantalones de pluma y se lo ha llevado para comérselo!

Entonces el pato llamó al ganso:

- Ganso, la querida gallina dice que el astuto zorro ha cogido a nuestro gallo magnífico, nuestro héroe orgulloso y poderoso. ¡Le ha roto sus espléndidos pantalones de pluma y se lo ha llevado para comérselo!

Entonces el ganso llamó al perro:

- Perro, el pato dice que la querida gallina dice que la pequeña hormiga le ha dicho que el astuto zorro ha cogido a nuestro gallo magnífico, nuestro héroe orgulloso y poderoso. ¡Le ha roto sus espléndidos pantalones de pluma y se lo ha llevado para comérselo!

Entonces el perro llamó a la oveja;

- Oveja, el ganso dice que el pato dice que la gallina dice que la pequeña hormiga le ha dicho que el astuto zorro ha cogido a nuestro gallo magnífico, nuestro héroe orgulloso y poderoso. ¡Le ha roto sus espléndidos pantalones de pluma y se lo ha llevado para comérselo!

Entonces la oveja llamó al caballo:

- Caballo, el perro dice que el ganso dice que el pato dice que la querida gallina dice que la pequeña hormiga le ha dicho que el astuto zorro ha cogido a nuestro gallo magnífico, nuestro héroe orgulloso y poderoso. ¡Le ha roto sus espléndidos pantalones de pluma y se lo ha llevado para comérselo!

Entonces el caballo llamó a la vaca:

- Vaca, la oveja dice que el perro dice que el ganso dice que el pato dice que la querida gallina dice que la pequeña hormiga le ha dicho que el astuto zorro ha cogido a nuestro gallo magnífico, nuestro héroe orgulloso y poderoso. ¡Le ha roto sus espléndidos pantalones de pluma y se lo ha llevado para comérselo!

Entonces la vaca llamó a la lechera:

- Lechera, el caballo dice que la oveja dice que el perro dice que el ganso dice que el pato dice que la querida gallina dice que la pequeña hormiga le ha dicho que el astuto zorro ha cogido a nuestro gallo magnífico, nuestro héroe orgulloso y poderoso. ¡Le ha roto sus espléndidos pantalones de pluma y se lo ha llevado para comérselo!

Entonces la lechera llamó al granjero:

- Granjero, la vaca dice que el caballo dice que la oveja dice que el perro dice que el ganso dice que el pato dice que la querida gallina dice que la pequeña hormiga le ha dicho que el astuto zorro ha cogido a nuestro gallo magnífico, nuestro héroe orgulloso y poderoso. ¡Le ha roto sus espléndidos pantalones de pluma y se lo ha llevado para comérselo!

Cuando el granjero oyó esto, abrió la puerta del corral y corrió tras el astuto zorro, y la lechera corrió tras el granjero, y la vaca corrió tras la lechera, y el caballo corrió tras la vaca, y la oveja corrió tras el caballo, y el perro corrió tras la oveja, y el ganso corrió tras el perro, y el pato corrió tras el ganso y la querida gallina corrió tras el pato y la pequeña hormiga corrió tras de todos.

Y el granjero llamó, y la lechera gritó, y la vaca hizo "muuu", y el caballo relinchó, y la oveja balo, y el perro ladró, y el ganso grazno, y el pato graznó, y la querida gallina cloqueó, y la pequeña hormiga estaba en silencio porque necesitaba su aliento para correr tras los otros. Y el magnífico gallo dijo al astuto zorro mientras colgaba de sus dientes:

- Astuto zorro, nunca llegarás a tu guarida conmigo. ¿No has oído que el granjero, la lechera, la vaca, el caballo, la oveja, el perro, el ganso, el pato, la querida gallina ya están bastante cerca, y detrás de todos corre también la pequeña hormiga?

Y el astuto zorro replicó:

- ¡Ay, yo puedo correr mucho más rápido que el granjero, la lechera, la vaca, el caballo, la oveja, el perro, el ganso, el pato, la querida gallina y la pequeña hormiga que está corriendo detrás de todos!

Pero mientras el astuto zorro tenía abierta la boca para hablar, el magnífico gallo huyó, voló hacia un árbol, aleteó sus alas y alzó su voz para cacarear el ki ki ri ki más orgulloso, poderoso y triunfante ¡que jamás se había oído!

Entonces llegaron todos: el granjero, la lechera, la vaca, el caballo, la oveja, el perro, el ganso, el pato, la querida gallina y detrás de todos venía aun corriendo la pequeña hormiga. El astuto zorro se fue corriendo hacia su guarida con las manos vacías.

El magnífico gallo bajó del árbol volando y dio las gracias al granjero, pero el granjero le dijo:

- No me des las gracias a mí, magnífico gallo, da gracias a la lechera porque ella es quien me lo dijo.

Entonces el gallo dio las gracias a la lechera, pero la lechera le dijo:

- No me des las gracias a mí, magnífico gallo, da las gracias a la vaca, porque ella es quien me lo dijo.

Entonces el gallo dio las gracias a la vaca, pero la vaca le dijo:

- No me des las gracias a mí, magnífico gallo, da las gracias al caballo, porque él es quien me lo dijo.

Entonces el gallo dio las gracias al caballo, pero el caballo le dijo:

- No me des las gracias a mí, magnífico gallo, da las gracias a la oveja, porque ella es quien me lo dijo.

Entonces el gallo dio las gracias a la oveja, pero la oveja le dijo:

- No me des las gracias a mí, magnífico gallo, da las gracias al perro, porque él es quien me lo dijo.

Entonces el gallo dio las gracias al perro, pero el perro le dijo:

- No me des las gracias a mí, magnífico gallo, da las gracias al ganso, porque él es quien me lo dijo.

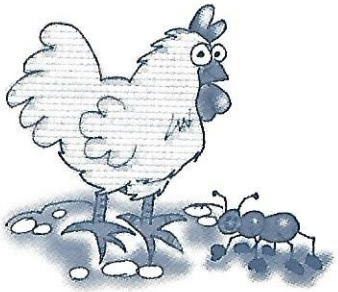
Entonces el gallo dio las gracias al ganso, pero el ganso le dijo:
- No me des las gracias a mí, magnífico gallo, da las gracias al pato, porque él es quien me lo dijo".

Entonces el gallo dio las gracias al pato, pero el pato le dijo:
- No me des las gracias a mí, magnífico gallo, da las gracias a la querida gallina porque ella es quien me lo dijo.

Entonces el gallo dio las gracias a la querida gallina, pero la gallina le dijo:
- No me des las gracias a mí, magnífico gallo, da las gracias a la pequeña hormiga, porque ella es quien me lo dijo".

Entonces el magnífico gallo dio las gracias a la pequeña hormiga, y la pequeña hormiga le saludó cortésmente con sus patas delanteras y le dijo:
- De nada, magnífico gallo, ¡Unos siempre deben ayudar a otros!

Y entonces la querida gallina le dijo al magnífico gallo:
- ¡Vuelve mi héroe poderoso, vuelve a casa, querido, y deja que remiende tus espléndidos pantalones de pluma!



EL BORREGUITO TRAVIESO

Érase una vez un pastor que tenía muchos corderos; corderos grandes y chicos, corderos blancos y negros. Cuando el sol calentaba demasiado, el pastor se paraba, reunía sus corderillos y recogía a todos los borreguitos en su manto de pastor, y todos se quedaban dormidos. ¿Todos? ¡Oh no! Mira, había uno que no tenía nada de sueño, salía de debajo del manto del pastor, y dando brincos alegres se alejaba ¡había tantas cosas que descubrir! ¡las flores, las mariposas, los pájaros!. Había un conejito que estaba sentado debajo de una mata y le dijo:

- *Borreguito, vuelve, vuelve a casa borreguito que está triste el pastorcito.*

El borreguito contestó:
-"¡Bee, bee, al mundo quiero mirar
y de alegría voy a saltar!".
Y terco como una cabra se alejó.

Se encontró con un ciervo y éste le dijo:
-"Borreguito vuelve,
en el bosque vive un gigante,
ten cuidado que no te espante".

El borreguito no tenía miedo, seguía al sol con sus rayos brillantes hasta llegar por fin al bosque grande y oscuro, los árboles suavemente mecían sus copas y murmuraban:

"Borreguito no saltes más,
vuelve prontito a pastar".
¿Y que contestó el borreguito travieso?
"¡Bee, bee, al mundo quiero mirar
y de alegría voy a saltar!".

En el Bosque vivía el gigante, sacó su cabeza peluda de la cueva y le llamó:
- *¡Hola borreguito, ahora serás mi amiguito¡* - y con su mano de gigante metió al borreguito en su cueva.

Entre tanto, el pastor se había despertado. Enseguida se dio cuenta de que faltaba uno de sus corderos. Cogiendo su cayado se fue en busca del borreguito perdido. Se encontró con el conejito y el ciervo. Ellos le dijeron:

- "El borreguito alegre va caminando,
por el bosque sólito ya va saltando,
por todos los rincones mira, mirando".

El pastor apresuraba sus pasos y en el bosque los árboles murmuraban:

- "Pastor, al borreguito has de buscar,
el gigante se lo acaba de llevar".

El pastorcillo llegó a la cueva y oyó como el gigante roncaba.

- *Está profundamente dormido, puedo atreverme* - se dijo, y pasó por encima de su barriga, pues justo detrás estaba su borreguito que de alegría dio un brinco, ¡por poco despierta al gigante!. Saltó rápidamente a sus brazos y se fueron a casa.

"¡Bee, bee!, balaba el borreguito,
que bonito es poder ver
cómo mi fiel pastorcillo
no me ha querido perder".



EL PASTORCITO

Ruth Elsässer

Había una vez un pastorcito que tenia una sola oveja. Porque era blanca como la nieve, la llamó precisamente así: *Blancanieve*.

Todos los días, el niño salía con Blancanieve, en cuanto el gallo cantaba. Iban a la pradera, allí donde el pasto era más fresco y las hierbas más tiernas.

Para poder oírla si se alejaba, le había atado al cuello una campanita dorada.

Un día, como de costumbre, salieron hacia el prado. Hacía mucho calor y pronto sintieron mucha sed. En ese momento, percibieron un murmullo que parecía venir del bosque cercano. ¿Sería agua?

Se acercaron y encontraron un fresco manantial que brotaba de una fuente entre las piedras. El pastorcito se aproximó, formó un cuenco con sus manos y bebió del agua clara, hasta calmar su sed. También la ovejita tomó agua.

Después, el niño se sintió tan cansado, que ya no quiso seguir caminando. Se acostó bajo un gran árbol y pronto se quedó dormido. La ovejita, no. Ella siguió andando, andando... cada vez más y más lejos.

En cuanto el pastorcito se despertó, miró a su alrededor, buscando a su oveja. Y empezó a llamarla: *¡Blancanieve!, ¡Blancanieve!...*

Rápidamente se puso su sombrerito, alzó la bolsa y comenzó a caminar por el sendero, en busca de Blancanieve. Buscó y buscó todo el día, hasta que se hizo de noche. Cansado, se sentó sobre una piedra. Estaba muy triste y se puso a llorar. Y mientras lloraba, oyó un canto dulcísimo. Era el canto de un pájaro, que en lo alto de un árbol entonaba su canción del atardecer. En cuanto el niño lo oyó, le dijo así:

- *Buen pajarito, pajarito lindo, busco a Blancanieve, mi ovejita. El pájaro escuchó, movió la cabecita y señaló con el pico hacia el bosque.*

Entonces, cantó:

Niño querido,
hacia allá se ha ido.

El pastorcito volvió al camino del bosque. Anduvo sobre duras piedras y sobre blando musgo. De pronto, oyó un ruidito. ¿Sería un zorro? ¿Tal vez un lobo? ¡Ah, no! Era una ardilla que buscaba alguna nuez para su cena.

- *Buenas tardes, querida ardilla* - dijo el niño-. *Dime, ¿has visto a mi pequeña oveja?*

La ardillita meneó su cabecita y luego contestó;
- *No, no sé dónde estará tu oveja, pero te llevaré a ver a la liebre. Tiene patas largas y puede ir muy lejos.*

Llegaron a donde vivía la liebre. Era una madriguera que había cavado bajo un arbusto, para dormir protegida.

- *Buenas noches, querida liebrecita. ¿Podrías decirme hacia dónde se ha escapado mi ovejita Blancanieve?*

La liebre tampoco lo sabía.

- *Te llevaré a casa de la lechuza* - fue su respuesta -. *Ella, con sus grandes ojos redondos, es capaz de ver en la oscuridad de la noche. Tal vez pueda darte un consejo.*

¡Uh, uh...! se oyó en el bosque. Era la lechuza.

- *Ahí está* -dijo la liebre.

La lechuza estaba posada sobre la rama de un viejo árbol y desde allí, miraba con sus redondos ojazos, al niño. El pastorcito se armó de valor y preguntó:

- *Buenas noches, lechuza. Dime, ¿no has visto a Blancanieve, mi querida ovejita?*

- *No* - contestó la lechuza-. *No sé decirte dónde está tu ovejita. No lo sé; pero más allá, en la raíz, vive un duende del bosque. Quizás él pueda ayudarte.*

El niño fue hasta donde la lechuza le había indicado.

Buscó y encontró una puertecita en la raíz. Entonces, llamó:

Hombrecito, ven acá.
Ábreme la puerta ya.

Se abrió la puerta-raíz y apareció un enanito de larga barba. Sostenía un farolito en la mano.

- *Dónde está tu oveja, no lo sé* - dijo -, *pero puedo guiarte y alumbrarte el camino.*

Después de un rato, llegaron cerca de un pozo profundo y se detuvieron a escuchar. En el silencio del bosque se oía el tintinear de una campanita.

¿No era la campanita dorada de Blancanieve?

¡Mee... mee...! El sonido provenía del pozo.

El hombrecito alumbró con su linterna y entonces, vieron a la ovejita blanca como la nieve, acostada en la profundidad del pozo. Se había caído y no pudo volver a subir.

- *Espera* - exclamó el pastorcito-. *Yo iré a buscarte.*

¡Mee... meé...! baló la ovejita, con alegría.

El pastorcito y Blancanieve ¡se habían reencontrado!

El niño la abrazó con fuerza, acunándola hasta que la oveja perdió el frío y el miedo. El buen enanito siguió aún acompañándolos con su farol y los guió hasta que llegaron a la casa.

Brilla, lucecita, brilla.
Con luz el camino trazas.
Brilla, lucecita, brilla
hasta que estemos en casa.

LOS CISNES SALVAJES

Cuento ruso

Había una vez un padre y una madre que tenían dos hijos, una hija algo mayor y un hijito que aún estaba en la cuna. Un día, los padres dijeron a la niña: "Queremos ir a la ciudad para hacer compras, quédate en casa con tu hermano y cuídalo bien. Te traeremos un bonito pañuelo". La niña lo prometió encantada. Los padres se fueron y la niña bailó alrededor del hermanito, cantando alegremente.

De tanto cantar y bailar se olvidó de su promesa y corrió a la calle para jugar, alejándose cada vez más; desde lejos, vinieron volando los cisnes salvajes.

- Música-

Bajaron hasta donde estaba la casa de los hermanos y se llevaron al hermanito. Cuando la niña volvió y no encontró a su hermanito, se asustó mucho y empezó a llorar. Pero luego se fue corriendo a buscar al niñito. Corrió y corrió hasta llegar a un horno, al cual preguntó:

- *Hornito, ¿por casualidad has visto a mi hermanito?*
- *Primero come mi pan de cebada* -dijo el horno.
- *¡Ni hablar!* -exclamó la niña-, *ni siquiera comería pan de trigo fino, mucho menos aún pan de cebada oscuro.*
- *Pues yo no te diré dónde puedes encontrar a tu hermanito* - dijo el horno.

Entonces la niña se fue caminando y llegó a un manzano silvestre.

- *Manzano, manzanito,* - exclamó la niña -, *¿por casualidad has visto a mi hermanito?*

- *Primero come de mis manzanitas* - dijo el manzano.

- *¡Ni hablar!* - exclamó la niña -, *ni siquiera comería fruta de mesa exquisita, mucho menos aún tus ácidas manzanas.*

- *Pues yo no te diré dónde puedes encontrar a tu hermanito* - contestó el manzano silvestre.

La niña siguió su camino hasta que llegó a un riachuelo de leche, que corría entre riberas de miel y gelatina clara.

- *Riachuelo, riachuelito* - dijo la niña -, *¿por casualidad has visto a mi hermanito?*

- *Primero toma leche y miel y gelatina clara* -dijo el riachuelo.

Pero la niña no quiso, y como el riachuelo tampoco quiso decirle nada, la niña se fue saltando de piedra en piedra, hasta llegar al otro lado.

Entonces llegó a una casita que estaba sobre patas de gallina, al lado había una rueca y la abuelita *Yaga* estaba hilando en ella, cantando;

Rueda, rueda, rueca...
Hilo cáñamo en cuerda.
¿Dónde estará la hermanita
buscando al hermanito?
¿Lo podrá encontrar?
¿Lo podrá encontrar?

- *Buenas tardes madrecita* - dijo la niña -, *¿puedo descansar un poco aquí? De lejos vengo, atravesando pantanos y ciénagas, y ahora mis pies están mojados.*

- *Siéntate e hila* -dijo la vieja, y se metió detrás de la casita. La niña se sentó a la rueca e hiló cantando:

Rueda, rueda, rueca...
Hilo cáñamo en cuerda
¿Dónde estará la hermanita
buscando al hermanito?
¿Lo podrá encontrar?
¿Lo podrá encontrar?

Entonces vino un ratón y le pidió un grano de trigo. La niña se lo dio amablemente y el ratón empezó a hablar y le dijo:

- *Muchas gracias. Te diré donde está tu hermanito. Lo tiene la vieja bruja y se lo quiere comer, y a ti también.*

La niña empezó a llorar.

- *No llores* -dijo el ratón-, *me has dado un grano de trigo, yo también te quiero ayudar. Entra en la casa de la vieja bruja Yaga y busca a tu hermanito, y luego corre veloz a casa con él. Mientras tanto, hilaré por ti.*

- *Muchísimas gracias, querido ratón* -dijo la niña.

Entró en la casa y encontró a su hermanito. Lo cogió en sus brazos y se fue corriendo.

- *Hijita ¿qué estás haciendo?* -preguntó la vieja bruja.

- *Estoy hilando.*

Canta:

Rueda, rueda, rueca...
Hilo cáñamo en cuerda
¿Dónde estará la hermanita
buscando al hermanito?
¿Lo podrá encontrar?
¿Lo podrá encontrar?

Pero a la tercera vez, la bruja se dio cuenta de que era el ratón el que cantaba y mandó los cisnes salvajes a por los niños.

Justo en ese momento, los niños estaban llegando al riachuelo, cuando oyeron el aleteo de los cisnes.

- Música -

- Riachuelo de leche, escóndeme, los cisnes salvajes vienen por mí y me quieren llevar, y a mi hermanito también.

- Toma leche, miel y gelatina - contestó el riachuelo. La niña comió y bebió y el riachuelo los escondió bajo sus olas, y cuando los cisnes salvajes llegaron, no los encontraron.

- Gracias, querido riachuelo - exclamó la niña y rápida se marchó.

Mas cuando estaba llegando donde el manzano silvestre, de nuevo oyó el aleteo de los cisnes salvajes.

- Manzanito silvestre, por favor, escóndeme a mí y a mi hermanito, los cisnes salvajes están detrás de nosotros y me quieren llevar, y a mi hermanito también.

- *Come de mis manzanas*, -dijo el arbolito. La niña comió las manzanas ácidas y el árbol los escondió debajo de su follaje. Cuando los cisnes salvajes llegaron, no los encontraron.

- *Gracias, querido arbolito,* -dijo después la niña y siguió corriendo hacia su casa.

Cuando por fin estaba llegando al horno, oyó por tercera vez el aleteo de los cisnes.

- *Horno, querido hornito,* -exclamó la niña-, *escóndeme, que los cisnes salvajes vienen por mí y me quieren llevar, y a mi hermanito también.*

- *Toma de mi pan de cebada.*

La niña comió el pan oscuro y se deslizó en el horno con su hermanito.

Los cisnes salvajes dieron vueltas por encima del horno, pero como las otras veces no vieron nada, volvieron donde la Baba Yaga y nunca más se los volvió a ver.

- *Gracias, querido horno* - dijo la niña, y rauda se fue a su casa.

Justo en ese momento volvieron los padres. ¡Cómo se alegraron de encontrar tan bien a sus hijitos!

Regalaron un pañuelito a la niña y juntos bailaron y cantaron.

¡Qué alegría, qué alegría! tra la la la
¡Qué alegría, qué alegría! tra la la la

EL CABALLITO BLANCO

En una casita vivía un campesino con su mujer y su único hijo que se llamaba Juan. Un día, el campesino dijo:

- Juan, ya ha llegado el momento de irte a conocer el mundo y buscar un maestro con el que aprendas hábilmente un oficio.

Eso le gustó mucho a Juan. Desde hace tiempo deseaba conocer el mundo. Rápidamente entró con su madre a la casa y preparó su mochilita. El padre le regaló una moneda de oro:

- ¡Cuídala bien, si estas en apuros te ayudará!

Alegremente, Juan se marchó.

música o canción

Cuando llegó el mediodía, se buscó un lugar a la sombra, se sentó y se tomó su pan. Entonces salió un anciano del bosque y le dijo:

- Veo que estas de buen ánimo, que eres joven y fuerte, seguro que eres el muchacho que puede liberar a la bella hija del rey, el gran brujo la tiene encerrada en su castillo.

- ¡Oh si, lo quiero intentar! - exclamó Juan -. *Si sólo supiera dónde está el castillo.*

- El camino lo conoce solo el caballito blanco y te puede guiar -dijo el anciano.

- Aquí, donde el roble viejo, él sale al bosque; si le puedes llamar por su nombre, se para y puedes montarlo. El caballito te llevará al bosque encantado, mantente firme y no digas ni una palabra. Haz todo lo que diga el caballito.

Y entonces el anciano desapareció.

- Pues que venga el caballito. ¿Para qué necesito saber su nombre? Tengo piernas rápidas y lo atraparé.

Juan se escondió detrás del roble. Llegó el caballito y Juan se levantó de un salto y entonces lo quiso coger.

- Huuu - como el viento desapareció y Juan se quedó estupefacto.

- Parece más difícil de lo que yo pensaba, tendré que saber su nombre - pensó Juan.

- ¿Cómo se llamará? -Juan se sienta y piensa, y piensa-. *¿Se llama Blanco?*

- Juan, eres bobo, así no se llama, Blanco no se llama

-¿Cómo se llamará? - él salta-, *ya lo sé, se llama Rápido-como-el-Viento.*

- Juan, eres bobo, así no se llama, no sabes su nombre.

Juan se sienta y piensa y piensa.

- Si supiera como se llama ...

Entonces siente en su bolsillo la moneda de oro que le regaló su padre.

- Oro, oro, oro - pronunciaba en voz baja y vio una estrella brillante, que en ese momento apareció en el cielo.

- *Oro - oro - Estrella Dorada* - dijo como en sueños-. *Sí, Estrella Dorada, eso es, ¡lo tengo!*

Y cuando todo estuvo en silencio, Juan se quedó dormido.

Cuando se despertó, el sol había subido alto en el cielo. Trepó al roble y su corazón brincó de alegría. El caballito se iba acercando trotando alegremente. Juan esperó tranquilo, dejó que se acercara y entonces exclamó:

- *¡Estrella Dorada!*

Inmediatamente el caballito se acercó dócil como un corderillo. En un instante Juan montó y hacia el bosque encantado salió galopando.

Pronto llegó la noche, los árboles crujían:

- *No tengas miedo,* - le dijo el caballito -, *no digas ni una palabra y no te des la vuelta, ocurra lo que ocurra.*

Juan hizo como le dijo el caballito. El viento silbaba cada vez más fuerte entre los árboles, Juan escondió su cabeza profundamente en la crin del caballito.

Crujía y bramaba; un monstruo intentó atrapar sus pies. Pero Juan se calló. El caballito trotó tranquilamente y de repente estuvieron delante del castillo del Gran Brujo.

- *¡Hola!* -gritó el brujo-, *has llegado para llevarte a la princesa: ¡Entra, come y bebe, también tengo buena cama para ti!*

Pero el caballito le susurró:

- *¡No lo hagas, no lo hagas, quédate conmigo en el bosque!*

Entonces el Gran Brujo se dio la vuelta enojado:
- *Ya veo cómo eres, mañana te pondré un acertijo. Si eres capaz de resolverlo, la princesa será tuya.*

El caballito le dijo:
- *Juan, ponte a dormir, la mañana es más inteligente que la noche. Te despertaré a tiempo.*

Cuando el sol brillaba en el cielo, el caballito despertó a Juan:
- *¡Levántate!*

El Gran Brujo llegó:
- *Escucha Juan, este es el primer acertijo:*

Muchos animales lo tienen en la espalda.
Todos los hombres lo llevan en la cabeza
y por la mañana la madre lo trenza
en la cabeza de su hija.
¡Adivina!

Y dijo Juan:
- *¡Niños, ayudadme, sin que el brujo lo oiga!*
Cuando el brujo llegó, Juan dijo alegremente:
- *Es el pelo.*

El brujo dijo:
- *Era demasiado fácil, te lo pondré mas difícil. Este es el segundo acertijo:*

Por la noche subís en ella.
Por la mañana saltáis de ella
y la niña de oro
lo sacude por la ventana.

- ¡Niños, ayudadme!... Señor Gran Brujo, son las camas.
- Abra kadabra, aun es demasiado fácil. Atento, esta vez no lo podrás adivinar. Este es el tercer acertijo:

Son animales con piel gris,
el uno grande, el otro pequeño.
Cuando el grande está delante del agujero,
el pequeño no se atreve entrar.

Juan dijo:
- ¡Niños ayudadme!... Señor Gran Brujo, estos son el gato y el ratón.
- ¡Kata ra braba...! - y el brujo se fue.

El caballito dice a Juan:
- Ahora importa, duerme bien. Yo vigilaré por ti.
Por la mañana dijo:
- ¡Juan, despiértate!
Y él ya está listo.
El brujo lo estaba esperando:
- Juan listo, pon atención, te enseñaré a mis hijas. Dime, ¿cuál es la princesa?
El brujo levantó una piedra y cinco ranas aparecieron.

- *¿Cuál es la que más te gusta? Busca a tu princesa.*
Y el brujo desapareció en un plis plas.

El caballito se le acercó y le susurró al oído ...
- *Señor Gran Brujo, cómo no, es la rana con los ojitos dorados* -dijo Juan alegremente.
-*Aun no será tuya, katarabraba, prada, kabra* -contestó el brujo. Abrió una puerta y salieron volando palomas blancas como la nieve-. *¡Mira bien. Si encuentras a la verdadera, entonces será tuya!*
- *Racebuz lifiz libaci* -susurró el caballito al oído de Juan...

Y Juan contestó:
- *Señor Gran Brujo, la que vuela más alto será la princesa.*
Y el brujo dijo:
- *Katarabraba... aun no está todo perdido, ven a mi castillo.*

Entonces llevó a Juan ante una imagen con tres doncellas, una tan bella como la otra.
-*Dime, ¿cuál es la princesa? Elige bien, y será tuya* - dijo el brujo.

Juan reflexionaba mucho tiempo pero no supo cual podría ser. Con tristeza miró a su caballito y éste le miró alegremente.
Juan preguntó:
- *¿Es la de la derecha? ¿Es la de la izquierda? Querido caballito escucha mi petición. ¿Es la del centro?*

El brujo se acercó rapidísimamente, Juan se dio la vuelta y se acercó al Gran Brujo. Éste preguntó:

- Dime, ¿has encontrado a la princesa?

Entonces, Juan se apostó delante de la princesa del centro:

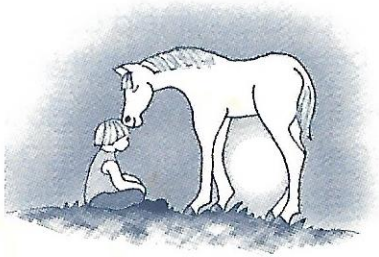
- La del centro es la verdadera.

Entonces se oyó un trueno, el castillo del Gran Brujo desapareció y con él el hechizo. Delante del portal estaba la princesa mas bella. Juan la subió al caballito y juntos volvieron a casa de su madre y de su padre

canción o música

Todo el mundo exclamó:

A bailar y a saltar
Para Juan una canción cantar
Juan muy bien ha actuado
y a la princesa ha conquistado.



EL BECERRETE PAJOSO DE COSTADO RESINOSO

Cuento popular ucraniano

Vivían pobremente unos abuelos,
sin terneros, gallinas ni polluelos.

El abuelo extraía de los árboles resina.
La abuelita hilaba y atendía la cocina.

Mas la abuelita empezó a incordiar al abuelete:
"Aunque sea de paja, hazme un becerrete".

"¡No seas pesada!" -refunfuñaba e! viejo-,
"¿qué vas a hacer con un becerrejo?"

"¿Qué voy a hacer?
¡Lo llevaré a pacer!"

El abuelo, para quitársela de encima,
tejió un becerro de paja y le untó resina.

Por la mañana la abuela cogió lana para hilar
y se llevo el becerro al prado, a pastar.

La abuela está sentada en un altito,
y mientras hila, le dice al becerrito:

"¡Come, come, becerrete pajoso,
de costado resinoso!"

Hiló la abuela, hiló...
e hilando se durmió.

Mas del bosque umbrío, del alto pinar,
sale de pronto un oso a todo caminar.

Al ver al becerrete tan airoso,
"¿Quién eres tú?" -le preguntó el oso.

"Yo soy el becerrete pajoso
de costado resinoso".

"Dame tu resina para cubrir mi costado
que los perros con sus dientes me han despellejado".

Pero el becerrete pajoso
permanece silencioso.

El oso enfadado al becerro da un zarpazo
y se le queda la garra pegada en su costado.

Se despierta la abuelita
y al ver al oso grita:

"¡Corre, ven corriendo esposo,
que nuestro becerrete ha cazado un oso!"

Coge el abuelo al oso y se lo lleva,
y lo tira, sin remilgos, en la cueva.

Continúa al día siguiente la abuela con su hilado,
mientras el becerro pasta alegre por el prado.

La abuela está sentada, hilando en el altito
y mientras hila le dice al becerro:

"Come, come, becerrete pajoso,
come becerrete de costado resinoso".

Sigue la abuela hila que te hila,
e hilando se ha quedado dormida.

Del bosque umbrío, del alto pinar,
sale entonces un lobo con su rápido andar.

"¿Quién eres tu?" -pregunta
al ver que el becerrete no se asusta.

"¡Yo soy el becerrete pajoso
de costado resinoso!"

"Dame tu resina para cubrir mi costado
que los perros, fieramente, me han despellejado".

"¡Cógela tú mismo, bobo!"
le dice el becerrete al lobo.

Pone el lobo su zarpa al becerrete en el costado
y le ocurre lo que al oso, que se queda pegado.

Se despierta la abuelita,
y al ver al lobo grita:

"¡Ven corriendo esposo, déjalo todo,
que nuestro becerrete ha cazado un lobo!"

Coge el abuelo al lobo y se lo lleva,
y lo tira, como al oso, dentro de la cueva.

Al tercer día, apacienta la abuela al becerro
y sigue hilando e hilando, sentada en su alto cerro.

Sigue la abuela hila que te hila,
e hilando se ha quedado dormida.

Del bosque umbrío, del alto pinar,
sale astuta una zorra, buscando qué cazar.

"¿Quién eres tu pajizo mozalbete?"
le pregunta, ladina, al becerrete.

"¡Yo soy el becerrete pajoso
de costado resinoso!"

"¡Dame tu resina, palomo,
que los perros me han desgarrado el lomo!"

"Puedes cogerla. Yo no la necesito para nada".
Y también la zorra se queda allí pegada.

Se despierta la abuelita
y, al ver a la zorra, grita:

"¡Corre esposo, corre, esto tampoco sobra,
nuestro becerrete ha cazado una zorra!"

Coge el abuelo a la zorra y se la lleva,
y, como al oso y al lobo, la tira en la cueva.

"¡Mira cuántos han caído!"
dice el abuelo divertido.

Se sienta a la entrada de la cueva,
y como si hablara consigo, agrega:

"Le quitaré la piel al oso
y me saldrá un abrigo hermoso"

El oso, que todo lo ha escuchado,
le suplica al abuelo, muy asustado:

"¡Abuelito, no me quites la piel,
déjame en libertad y te traeré miel!"

"Si me engañas, ¡ándate con cuidado!"
y deja pasar al oso por su lado.

Mientras tanto, el abuelillo
sigue afilando su cuchillo.

"¿Para qué afilas el cuchillo?"
le pregunta el lobo al abuelillo

"Te quitaré la piel a ti
y me haré un gorro para mí".

"¡Si en libertad me dejas
yo te traeré ovejas!"

"¡Bueno, pero ándate con ojo,
no me engañes, porque si no, otra vez te cojo!"

Deja marchar al lobo el abuelillo
pero sigue afilando su cuchillo.

"¡Abuelito! ¿por qué continuas afilando?"
pregunta la zorra al viejo, ya temblando.

"Tu tienes muy fina la piel,
de ella saldrá un cuello de abrigo para mi mujer".

"¡No, por favor, no me quites la piel.
Yo te traeré gallinas, patos y gansos a granel!"

"Acepto, ¡pero no me vayas a engañar!",
y también la deja marchar.

A la mañana, cuando la luz del día aún era incierta,
se sintieron unos golpes en la puerta.

"¡Parece que llaman a la casa!
¡Levántate marido, a ver qué pasa!"

Abrió el abuelo, y ante él
estaba el oso con un panal de miel.

No tuvo tiempo para guardar la oferta
cuando volvieron a tocar la puerta.

El lobo, frunciendo sus peludas cejas,
estaba ante la casa con las ovejas.

Y la zorra, muy ladina,
traía gansos, patos y gallinas.

Y la abuela y el abuelo, llenos de contento,
empezaron a vivir como en un cuento.

LA MADRINA DE LAS PALABRAS

Cuento de Venezuela

Por los caminos del Universo, de estrella en estrella, viaja Uribí, la madrina de las palabras.

Lleva siempre con ella una cesta tejida con hilos de oro y plata.

Allí guarda con mucho cuidado, las semillas de las palabras.

Uribí siempre está muy atareada. Viaja en una estrella fugaz por el espacio celeste, para entregar su semilla a los niños que se preparan para viajar a la tierra y nacer.

Cuando los niños llegan a la tierra y nacen, traen la semilla de las palabras. Los padres, hermanos, tíos, abuelos y amigos, les ayudan a cultivarlas con voces, leyendas, juegos, cantos y cuentos.

Por el mundo, las semillas de las palabras germinan con los rayos de sol, el viento, el agua, el calor de la tierra y el amor de la gente. Así es como surgen las diferentes lenguas que hablan los hombres. Todas las lenguas vienen de las semillas del canasto de Uribí.

A veces, la madrina de las palabras está tan ocupada entregando las semillas a tantos niños que van a nacer, que no llega a tiempo a algún lugar y alguno de ellos viene sin ella a la tierra.

Entonces, a ese niño le damos con amor y paciencia de los frutos del lenguaje que tenemos: señas, voces, dibujos, pantomimas, juegos, danzas, cantos y cuentos, para que pueda conversar y ser feliz. Así la madrina de las palabras no estará triste y acongojada por no haber llegado a tiempo a la casa de este niño.

Una noche, mientras Uribi dormía acurrucadita en una estrella descansando de un largo viaje celeste, un loro le robó una semilla y la repartió entre sus amigos: un perico, una cotorra y una guacamaya. Por eso, ellos también hablan, pero sólo un poquito, porque nada más les tocó un pedacito de semilla de cada uno.

Cuando Uribí termina su recorrido regresa a descansar y recoge nuevas semillas debajo del árbol de la vida que queda en el centro del mundo.



EL GIGANTE Y EL ENANILLO

Había una vez un gigante enorme y osado
que tenía congelados sus pies y sus manos
de su casa en el monte había bajado,
y en la ciudad recién llegado
fue recorriendo sus calles de lado a lado.

- ¡Gente buena!, ¡gente buena!
¿Alguien puede oírme? ¿alguien puede oirme?
- Mis pies y mis manos helados están
y vuestros ropajes no me van.

No encontró tienda que pudiese vender
zapatos y guantes tan grandes como él.

Un pequeño enano
tan sabio como anciano,
le dio un buen consejo
al gigante congelado:

- ¡Tomad enorme amigo
estas telas y cueros de buen abrigo!

Aquel gran hombretón
sus pies y sus manos envolvió
y con cordones y lazos sujetó[1].

En sus manazas y pies recuperó
el calor que había perdido
y a su monte regresó
dando las gracias
a su pequeño amigo.



1.- Se puede repetir 4 veces y envolver cada vez con una tela y cinta las manos y los pies, o simplemente con gestos.

LA LIEBRECITA Y LA ZANAHORIA

Cuento chino

Los campos y las colinas estaban cubiertos de nieve alta y la liebrecita no tenía nada que comer. Encontró dos zanahorias amarillas. La liebrecita se comió una y dijo:

- *Cae mucha nieve y el frío es duro, seguro que el burrito no tiene nada que comer, le voy a llevar la segunda zanahoria.*

Inmediatamente, la liebrecita le dejó la zanahoria y se fue saltando.

El burrito se había ido también en busca de comida. Encontró unas patatas y volvió contento a casa. Cuando abrió la puerta se encontró la zanahoria.

- *¿De dónde vendrá esta zanahoria?*, -se asombró el burrito.

Entonces comió sus patatas y dijo:

- *Cae mucha nieve y el frío es duro, seguro que la ovejita no tiene nada que comer. La zanahoria será para ella.*

El burrito empujó la zanahoria a casa de la ovejita, pero la ovejita no estaba en casa. Con mucho cuidado, el burrito dejó la zanahoria allí y se fue.

También la ovejita se había marchado a buscar comida. Encontró una col y se fue contenta a su casa. Cuando abrió la puerta vio la zanahoria:

- *¿De dónde vendrá esta zanahoria?* -se preguntó asombrada.

Entonces se comió la col y dijo:

- *Cae mucha nieve y el frío es duro, seguro que el pequeño ciervo no tiene nada que comer. Le llevaré la zanahoria.*

La ovejita cogió la zanahoria y la llevó a casa del pequeño ciervo. Pero la casa estaba vacía. La ovejita le dejó la zanahoria y se fue rápidamente.

También el pequeño ciervo se había marchado en busca de comida. Encontró hojas verdes y volvió contento a su casa. Cuando abrió la puerta vio la zanahoria:

- *¿De dónde vendrá esta zanahoria?* -se dijo con sorpresa.

Entonces se comió las hojas verdes y dijo:

- *Cae mucha nieve y el frío es duro, seguro que la liebrecita no tiene nada que comer. Le regalaré la bonita zanahoria amarilla.*

Y rápidamente el pequeño ciervo se fue corriendo a casa de la liebrecita, pero ésta se había hartado de comer y se había dormido. El pequeño ciervo no la quiso despertar y silenciosamente hizo rodar la zanahoria dentro de la casa.

Cuando la liebrecita despertó, se frotó sus ojos asombrada:
- *¡Otra vez está aquí la zanahoria!*

Durante un instante reflexionó y luego dijo:
- *¡Seguro que un buen amigo me trajo la zanahoria.*

Y entonces se la comió. ¡Estaba deliciosa!

LOS DUENDECILLOS

Hermanos Grimm
Teatrillo de mesa adaptado por Heidi Bieler

Un zapatero se había empobrecido de tal modo, y no por culpa suya, que al fin no le quedaba más cuero que para un solo par de zapatos. Los cortó una noche, con el propósito de coser y terminarlos al día siguiente.

El zapatero cuero pico
corta zapatos, grandes y chicos
El zapatero cuero pico
corta zapatos, grandes y chicos

Luego rezó sus oraciones y con la conciencia tranquila se acostó plácidamente.

Por la mañana, después de sus oraciones, fue a ponerse a trabajar. Y he aquí que encontró los zapatos terminados. Se asombró el hombre y no sabía ni qué decir ni qué pensar. Cogió los zapatos y los examinó bien por todos lados. Estaban confeccionados con tal pulcritud que ni una puntada podía reprocharse. Una verdadera obra maestra.

Al poco tiempo el magistrado
se admiró ante el calzado
Jamás vio cosa tan bien cosida
y lo compró enseguida.

Pagó más de lo acostumbrado, con lo que el zapatero pudo comprar cuero para dos pares de zapatos. Los cortó al anochecer, dispuesto a terminarlos al día siguiente:

El zapatero cuero pico
corta zapatos, grandes y chicos
El zapatero cuero pico
corta zapatos, grandes y chicos

Luego rezó sus oraciones y se acostó... Al día siguiente después de orar, se dispuso a trabajar. Pero no fue preciso hacerlo, pues allí estaban los dos pares de zapatos terminados.

Ya entró un parroquiano
en busca de calzado llano.
Jamás vio cosa tan bien cosida
y lo compró enseguida.

Pagó por ello al zapatero y se marchó.

Un muchacho que corre mucho
busca zapatos a su gusto.
Botas para caminar,
botas para patinar.

Pagó por ellas al zapatero y contento se marchó. Así el zapatero pudo comprar cuero para cuatro pares de zapatos. Al anochecer los cortó para terminarlos al día siguiente.

El zapatero cuero pico
corta zapatos, grandes y chicos
El zapatero cuero pico
corta zapatos, grandes y chicos

Después de rezar sus oraciones se acostó tranquilamente. Por la mañana se levantó y pronunció sus oraciones. De nuevo encontró los cuatro pares de zapatos terminados como los días anteriores.

Llegan vecinas pizpiretas
buscando cómodas chancletas.
Jamás vieron cosa tan bien cosida
y las compraron enseguida.

Pagaron al zapatero y contentas se fueron.

Tu y yo, yo y tú
somos gemelas de Moscú.
Zapatillas para ti,
zapatillas para mí.

Pagaron y se fueron muy alegres.

Tu y yo, yo y tú
somos gemelas de Moscú.
Zapatillas para ti,
zapatillas para mí.

En adelante, lo que dejaba el zapatero cortado al irse a dormir, lo encontraba cosido al levantarse, con lo que pronto el hombre tuvo una buena renta y finalmente pudo considerarse casi rico.

Una noche, poco antes de Navidad, el zapatero, que ya había cortado los pares de zapatos para el día siguiente, antes de ir a dormir le dijo a su mujer:

- *¿Qué te parece si esta noche nos quedamos para averiguar quién nos ayuda de este modo?*

A la mujer le pareció bien la idea, dejó una vela encendida y luego los dos se ocultaron en un rincón, detrás de unas ropas colgadas.

Al sonar las doce de la noche se presentaron dos minúsculos y graciosos hombrecillos desnudos que, sentándose en la mesa del zapatero y cogiendo todo el trabajo preparado, se pusieron, con sus diminutos dedos, a punzar, coser y clavar con tal ligereza y soltura que el zapatero no podía dar crédito a sus ojos.

Tipi, tape, tipi tape
tipi tape, tipi ton.
Zapa, zapa, zapatero,
zapatero remendón.

Luego desaparecieron de un salto.

Por la mañana dijo la mujer:

- *Esos hombrecillos nos han hecho ricos, y deberíamos mostrarnos agradecidos. Deben morirse de frío, yendo así desnudos por el mundo. ¿Sabes qué? Les coseré a cada uno una camisita, una chaquetita, un jubón y unos calzones, y además les haré un par de medias, y tú a cada uno le haces un par de zapatitos.*

Al anochecer, ya terminadas todas las prendas, las pusieron sobre la mesa, en vez de las piezas de cuero cortadas, y se ocultaron para ver cómo los enanitos recibirían el obsequio.

A medianoche llegaron ellos saltando, y se dispusieron a emprender su labor habitual; pero en vez de cuero cortado encontraron las primorosas

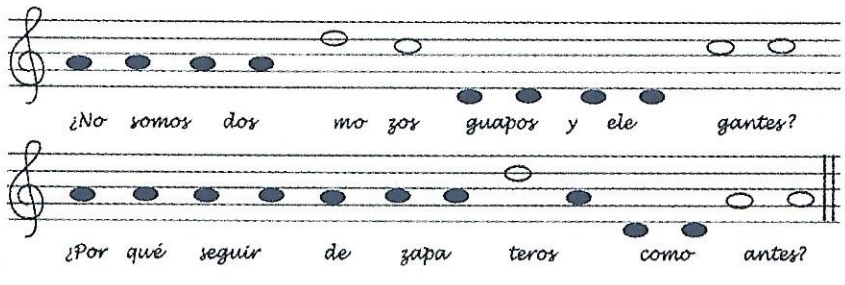
prendas de vestir, primero se asombraron, pero en seguida se pusieron muy contentos. Se vistieron con presteza y, alisándose los vestidos, se pusieron a cantar:

¿No somos dos mozos guapos y elegantes?
¿Por qué seguir de zapateros como antes?

Y venga a saltar y bailar, brincando por encima de las mesas y los bancos, hasta que al fin, siempre danzando, pasaron la puerta (susurrando la misma melodía):

¿No somos dos mozos guapos y elegantes?
¿Por qué seguir de zapateros como antes?

Desde entonces ya nunca más volvieron, pero el zapatero lo pasó muy bien todo el resto de su vida, y le salió a pedir de boca cuanto emprendió.



CUENTO PARA EL TIEMPO DE MICAEL

Contado por Bronja Zahlingen a sus niños en el Jardín de Infancia de Viena
Adaptado de un cuento polaco

Había una vez un rey que gobernaba un país muy grande. Vivía con su hija en un alto castillo desde el cual se divisaba hasta muy lejos. Delante del castillo había una plaza grande, donde se celebraban las fiestas más hermosas, con música y bailes. A la hija del rey le encantaba mirar desde su balcón los coloridos festejos que se hacían cada año al final del verano, cuando la cosecha había concluido. Los campesinos llegaban desde todas partes con coronas de cereales, con manzanas, peras y otras frutas, con tomates y zanahorias y otras verduras. Todo eran regalos para alegrar al rey y a su hija.

Los campesinos llevaban vestidos festivos y alegres cintas colgaban de sus sombreros. Cantaban y bailaban los bailes de la cosecha. Cada año, cuando se acercaba el tiempo de la fiesta de la cosecha, la princesa subía al balcón, llena de esperanza, para saber si podría oír ya las primeras canciones, ver los primeros colores. ¡Qué alegría!

Pero un año no vino nadie. La princesa esperó y esperó inútilmente. Por fin vio que unos campesinos se acercaban. Pero ¿qué pasaba? No llevaban cintas de colores ni cantaban alegres canciones. Caminaban lentamente,

con las manos vacías, con las caras tristes. ¿Qué había ocurrido? El rey mandó a sus mensajeros y los campesinos les contaron lo siguiente:

- Este año no pudimos cosechar nada porque un dragón vino a nuestro pueblo. Es tan salvaje que se traga y aplasta todo lo que encuentra en su camino, y lo que no destruye de esa forma, lo quema con el fuego que sale de su boca. Así que este año no podemos celebrar la fiesta de la cosecha y si no tuviésemos reservas de otros años, pasaríamos hambre.

El rey, deseoso de ayudar, mandó inmediatamente a sus caballeros a luchar contra el dragón. Pero cuando llegaron a su cueva, sus espadas de hierro y sus lanzas se torcían y se ablandaban por el calor del fuego y no podían luchar contra él. Después, el rey mandó a sus mensajeros y le ofrecieron al dragón oro, tesoros y todo lo que quisiera, con tal de que dejara el país. El dragón no quería ni oro, ni tesoros, sólo quería una hermosa doncella. Si se la daban, se marcharía. Todos se asustaron y nadie quería ofrecer su hija al dragón. Entonces, la joven princesa se acercó a su padre:

- Déjame ir donde el dragón, yo no tengo miedo, quizás pueda salvar el país.

Pero el rey le contestó:

- ¡Ni hablar, querida hija, no puedo entregarte al dragón! Quien sabe lo que te hará.

Nadie quiso dejar marchar a la princesa, pero ella insistía:

- Déjame ir, Dios me protegerá, y si no voy, el dragón seguirá destruyéndolo todo y tendremos que morir de hambre.

El rey al fin respondió:

- Hija mía, anda con Dios.

La princesa se puso un vestido y un velo blancos y subió a la montaña donde estaba la cueva del dragón. No miraba ni a la derecha ni a la izquierda, sólo miraba de frente y al cielo, que estaba cubierto de nubarrones negros, mientras soplaba un fuerte viento. Los caballeros acompañaron a la princesa hasta el pie de la montaña. Allí se detuvieron, porque sabían que con sus armas no la podrían ayudar.

El dragón de fuego salió de la cueva, y en el instante que la princesa miró hacia arriba, las nubes se abrieron y pudo ver el centro del cielo. Allí había más claridad que en el sol, y desde esa luz radiante apareció el arcángel Micael con su brazo derecho estirado, y desde cada estrella le llegó a su mano un rayo de luz. Un meteorito le formó una espada de hierro celestial. El dragón no pudo aguantar y cuando Micael lo apuntó con su espada celeste, cayó a tierra y no se volvió a mover. Su poder se había terminados.

Las gentes se acercaron y llevaron a la princesa junto a su padre el rey. Después corrieron a sus casas a buscar frutas, verduras y los más hermosos cereales de sus despensas:

- Ahora podemos celebrar una nueva fiesta de la cosecha y será la fiesta de San Miguel. Ya no tendremos miedo al dragón.

Así hablaron y se fueron con sus regalos al castillo cantando:



EL MOLINO DE TORTILLAS

Había una vez un anciano campesino con su mujer. Vivían con mucha estrechez porque eran pobres. Un día, ya no tenían ni una miga de pan para comer. Entonces se fueron al bosque para recoger bellotas. Las llevaron a casa y querían comérselas Al comerlas, la anciana dejó caer una bellota. Esta cayó a través del suelo al sótano. Pronto, la bellota hecho raíces y empujó sus brotes hacia arriba. El brote creció hasta el techo del sótano. La anciana lo vio y dijo a su marido:

- Escucha, viejo, tienes que hacer un agujero a través del suelo para que el roble pueda crecer; si se hace grande, ya no tendremos que ir al bosque y podremos cosechar las bellotas aquí en casa.

El anciano hizo un agujero en el suelo; el roble crecía y crecía hasta el techo del sótano y desde el techo del sótano hasta el techo de la casa.

Cuando ya no tuvieron más bellotas, el viejo cogió un saco y trepó al roble. Trepó más alto y más alto y, de repente, se encontró en el cielo. Paseaba por allí de un lado al otro y vio un gallo con una cresta dorada que estaba sentado encima de un molinillo manual de oro.

El campesino no lo pensó mucho, cogió al gallo y al molinillo y bajó otra vez por el roble. Cuando llegó feliz abajo, preguntó a su mujer:

- ¿Vieja, hay algo que comer?

- Espera, moleré en seguida las bellotas en el molinillo -dijo la campesina. Cogió el molino y se puso a moler. Entonces salieron tortillas y empanadas. Cada vez que ella daba una vuelta al molinillo caía una tortilla y luego una empanada. Ahora podían hartarse de comer. Un día, pasó un señor por allí y preguntó que si tenían algo de comer para él.

- Claro, puedes comer una tortilla.

La anciana cogió el molinillo y le dio la vuelta moliendo tortillas y empanadas. El invitado disfrutó plácidamente de la ofrenda. Después de comer dijo:

- Mujer, véndeme el molinillo.
- No, no lo puedo vender.

Entonces, el hombre robó el molinillo y se fue.

Cuando los dos ancianitos se dieron cuenta que les habían robado el molinillo, se pusieron muy tristes.

- No os aflijáis -dijo el gallo con la cresta dorada-. *Volaré detrás del ladrón y lo atraparé.*

El gallo llegó volando a la casa del hombre, se sentó encima del portal y cantó:

- ¡Quiquiriquí, estoy aquí. Señor, devuélvenos nuestro molinillo de oro!

Cuando el señor lo oyó, se enfadó:
- ¡Tirad al gallo al agua!

Los sirvientes encontraron al gallo y lo tiraron en la fuente. El gallo habló para sí mismo:

- *¡Piquito, piquito, trágate el agua.*

Bebió y bebió hasta que la fuente estaba vacía y voló de nuevo a la casa señorial. Allí se sentó en el balcón y cantó:

- *¡Quiquiriquí, de nuevo estoy aquí. Señor, devuélvenos el molinillo de oro!*

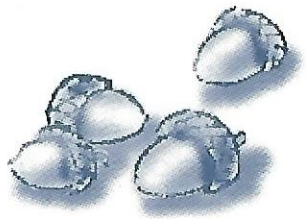
El señor mandó atrapar al gallo y tirarlo al horno caliente. Los sirvientes encontraron al gallo y lo tiraron al horno en medio del fuego. El gallo habló para sí mismo:

- *Piquito, Piquito escupe el agua.*

Y escupió el agua al fuego y apagó el horno. Se sacudió y salió volando del horno:

- *¡Quiquiriquí, de nuevo estoy aquí. Señor, devuélvenos el molinillo!*

Los invitados lo oyeron y se fueron corriendo de la casa. El señor corrió detrás de ellos; el gallo con la cresta dorada cogió rápidamente el molinillo y volvió con él a casa de los ancianos.



DIGITALITO

Cuento irlandés

Había una vez, lejos de aquí, una pequeña casa en medio de las montañas. El techo llegaba casi hasta el suelo. En esta casa vivían totalmente solos un niño pequeño con su madre. El niño había nacido con una joroba. Pero la madre quería a su hijo como sólo una madre puede querer a su hijo.

Cuando el niño se hizo más grande, también creció su joroba, lo que le impedía mirar al cielo cuando paseaba. Tenía que mirar a la tierra, y por eso encontraba hierbas raras y flores. Tampoco podía trepar y saltar como otros niños en el pueblo. Muy a menudo, su madre se iba al bosque con él para buscar hierbas y bayas. Una vez se encontró en el bosque una flor bella con muchas campanitas. Se llamaba *Digitalis*. Le gustó tanto que se la puso en el sombrero y ya nunca se la quitó. Por eso, todo el mundo le llamaba Digitalito.

Cuando Digitalito cumplió los catorce años, su madre le mando al taller de un cestero para que aprendiera a hacer cestas. Como tenía las manos ágiles, pronto hizo cestos tan bonitos que todo el mundo quería comprarlos cuando los llevaba al mercado en la ciudad. Digitalito estaba todo el día en su trabajo, hasta muy tarde. Y a veces canturreaba en voz baja:

"Trenzo grandes y pequeñas cestas
hasta que el sol por la tarde se acuesta.
El trabajo bien hecho ha de estar
para que la gente se pueda alegrar".

Cuando todas las cestas estaban terminadas, Digitalito las juntaba y se ponía en camino para ir a la ciudad. El camino era largo y cuando las cestas pesaban demasiado se buscaba un lugar para descansar.

Una vez, cuando volvió tarde del mercado, donde había vendido todas las cestas, sintió un gran cansancio. Se sentó debajo de un árbol en el musgo, cerca de una colina.

Ya había empezado la noche y a Digitalito se le cerraban constantemente los ojos. De repente, apareció la luna redonda y brillante; entonces oyó un canto maravilloso:

"Barco plateado de silencio y calma.
Barco plateado de silencio y calma"

Pero como la música sonaba siempre igual, Digitalito terminó cantando la canción a su manera:

"Barco plateado de silencio y calma
¿dónde están tus remos, cual es tu alma?"

Apenas había terminado la canción, Digitalito oyó el murmullo y el susurrar del viento, y vio cómo, en la luz plateada de la luna, aparecían detrás de la colina los elfos flotando suavemente. Se le acercaron y exclamaron:

"Digitalito, Digitalito
has conseguido un gran hito.
Nuestra canción ahora está terminada
y es bonita para elfos y hadas.
Ven con nosotros al país encantado
y verás cómo estarás asombrado".

Le cogieron de la mano y bailando bajaron por la colina de los elfos. Digitalito se sentía mareado y cuando abrió sus ojos vio un esplendor como jamás había visto. Todo brillaba y refulgía y de todos lados sonaba una música muy, muy suave. Los elfos llevaron a Digitalito ante su reina y le contaron cómo Digitalito había terminado la canción de forma muy bonita. Luego, los elfos celebraron consejo:

- *¿Qué podríamos regalarle?*

Formaron corro alrededor de él y exclamaron:

"Digitalito, recobra el ánimo,
tu joroba se caerá al suelo.
Que seas feliz y alegre
ahora y para siempre".

Casi no habían terminado de hablar cuando Digitalito se sintió tan ligero y alegre que tuvo ganas de saltar hasta la luna. Y con la alegría más grande del mundo, vio como la joroba de la espalda se le caía al suelo.

Intentó levantar la cabeza y le fue muy fácil. Pudo entonces mirar libremente a su alrededor y vio todo el brillo y toda la maravilla del reino de los elfos. Luego cayo en un sueño profundo y aun durmiendo pudo oír el canto de los elfos.

"Volamos y nos inclinamos,
en la ronda bailamos.
Tejemos y obramos
en la luz de la luna".

Cuando Digitalito se despertó, era día claro, Brillaba el sol, cantaban los pájaros y él estaba tumbado al píe de la colina de los elfos. Vacas y ovejas pastaban pacíficamente a su alrededor.

Después de que Digitalito hubiera rezado su oración de la mañana, lo primero que hizo fue tocar con su mano la joroba, ¡pero no había ni rastro de ella! Desde la cabeza hasta los pies, estaba vestido con ropas nuevas que le habían regalado los elfos. Entonces se puso en camino y andando gallardamente con cada paso saltaba como si en toda la vida no hubiera hecho otra cosa.

Nadie reconoció a Digitalito sin la joroba. Sólo su madre lo vio venir desde lejos y le acogió en sus brazos llena de alegría.

LA NIÑA Y EL CERDITO

Cuento inglés

Había una vez una niña que vivía con su madre en una casita en el campo. No tenía muchas cosas, pero sí un cerdito al que querían mucho.

Cada mañana la niñita y el cerdo salían a dar un paseo. Lo primero que hacían era bajar hasta el río para que el cerdito pudiese beber de sus aguas frescas y cristalinas.

Después se adentraban en el bosque donde el cerdito escarbaba en las raíces de los árboles para encontrar comida. Cada día pasaban cerca de una gran colina verde, pero nunca se paraban para escalarla.

Una mañana el cerdo se despertó temprano y salió a dar el paseo él solito. Lo primero que hizo fue bajar hasta el río y beber de sus aguas frescas y cristalinas. Después se adentró en el bosque y escarbó en las raíces de los árboles para encontrar comida. El cerdito se fue adentrando más y más en el bosque hasta que llegó al borde de un precipicio, un lugar en el que nunca antes había estado, y se perdió.

Cuando la niña se despertó llamó al cerdito, pero no estaba. Preguntó a su madre si podía salir a buscarle y ella le dijo:

- *Muy bien, ve si ese es tu deseo.*

Entonces salió.

Primero bajó hasta el río donde al cerdito le gustaba pararse a beber de sus aguas frescas y cristalinas, y le llamó. Pero no estaba. Después se adentró en el bosque, donde le gustaba escarbar en las raíces de los árboles para encontrar comida. Le llamó y le llamó, pero no estaba allí tampoco.

Muy triste, la niña comenzó a caminar de regreso a casa. En el camino de vuelta se encontró con la grande y verde colina y pensó: *"Quizá si la escalo hasta la cumbre podré encontrar a mi cerdito"*.

Comenzaba a ascender la colina cuando vio a un muchacho que estaba cantando sentado en una verja.

- *Buenos días,* - dijo la niña-. *¿Has visto pasar un cerdito por aquí?*

- *No, no he visto a ningún cerdo; pero ahora que me has encontrado a mí te diré que si sigues un poco más allá, encontrarás al leñador. Quizá él sí le haya visto.*

- *Muchas gracias* - contestó la niña y continuó subiendo la colina.

Entonces encontró a un hombre que estaba cortando leña.

- *Buenos días,* -dijo la niña-. *¿Has visto pasar un cerdito por aquí?*

- *No, no he visto ningún cerdo; pero ahora que has encontrado al muchacho que canta sentado sobre la verja y a mí, sigue un poco más allá y encontrarás a un Rey en su castillo. Quizá él haya visto a tu cerdo.*

- *Muchas gracias* -contestó y continuó subiendo la colina.

Al rato se encontró con el Rey en su castillo.

- *Buenos días,* -dijo la niña-, *¿has visto pasar un cerdito por aquí?*

- No, no he visto ningún cerdo; pero ahora que has encontrado al muchacho que canta sentado sobre la verja, al hombre cortando leña y a mí, sube hasta la cima de la gran colina verde y mira atenta hacia abajo, quizá así puedas encontrar a tu cerdito.

- Muchas gracias -contestó la niñita.

Subió entonces hasta la cima de la gran colina verde, miró atenta hacia abajo y allá lejos pudo ver al Rey en su castillo, al hombre cortando leña y al muchacho cantando sentado sobre la verja, pero no vio a su cerdito. Siguió mirando más lejos aún y pudo divisar la casa donde vivía con su madre, el río donde a su cerdito le gustaba beber sus aguas frescas y cristalinas, el bosque donde le gustaba adentrarse para escarbar en las raíces de los árboles y encontrar comida, pero por ninguna parte pude ver a su cerdito.

Pero, ¡un momento! Allá, mucho más lejos, en un lugar donde ella nunca antes había estado, justo al borde de un precipicio, la niña pudo reconocer a su pequeño cerdo, rápidamente corrió ladera abajo y pasó por delante del Rey en su castillo, del hombre que cortaba leña, del muchacho que cantaba sentado sobre la verja, hasta llegar al camino que atravesaba el bosque. Se adentró en él y profundo, muy profundo, justo al borde del precipicio en un lugar donde ella nunca había estado antes, estaba el cerdito.

Muy contenta le llevó de vuelta a casa. Volvieron a cruzar el bosque donde al pequeño cerdo le gustaba escarbar en las raíces de los árboles para encontrar comida, volvieron a pasar la gran colina verde cerca de la

cual el muchacho cantaba sentado sobre la verja, y el hombre cortaba leña y el Rey estaba en su castillo. Pasaron también junto al río donde al cerdito le gustaba beber de sus aguas frescas y cristalinas. Por fin regresaron a su casa, en el campo, donde la madre les estaba esperando.

Y que yo sepa, aún siguen viviendo allí.



TOBIAS EL CAMPESINO

Había una vez un hombre llamado Tobías. Vivía en una cabaña cerca del río alrededor de la cual había hermosas flores de todos los colores.

Cuidaba también un huerto en donde crecían grandes y ricas zanahorias, patatas, tomates y otras hortalizas.

Tobías tenía una barca que, cuando no la usaba solía dejarla cerca de la orilla. Un buen día, cuando el sol brillaba en lo más alto del cielo, decidió salir a navegar por el río.

Allí, bien cerca, estaba Trotón, el caballo, que le dijo:

- Campesino Tobías, buen amigo,
¿Puedo subirme a la barca contigo?

Tobías siempre había sido amable con los animales. Trotón, a menudo le llevaba a pasear sobre su lomo por bosques y prados.

- ¡Claro caballito! -respondió el campesino-,
pero sube con cuidado,
no sea que al agua caigamos
y quedemos todos empapados.

Trotón se subió con cuidadito y junto a Tobías río abajo, navegaron. Un poco más allá encontraron a Boladenieve, la oveja y ella dijo:

- Campesino Tobías, buen amigo,
¿puedo subirme a la barca contigo?

Cada Primavera, Tobías tomaba de ella suave y blanca lana para tejer jerséis y medias cuando el invierno se hacía notar. Y aunque la barca iba ya cargada, no podía dejar a Boladenieve, la ovejita.

- ¡Claro Boladenieve!, -respondió el campesino-,
pero sube con cuidado,
no sea que al agua caigamos
y quedemos todos empapados.

Ahora, por el espumoso río navegaban Tobías, Trotón y Boladenieve, cuando oyeron a Kiriko, el gallo, en la otra orilla:

- Campesino Tobías, buen amigo,
¿puedo subirme a la barca contigo?

Cada mañana, al amanecer, iba Kiriko a la cabaña y cantando avisaba al campesino dándole los buenos días. Y aunque la barca iba ya cargada Tobías le dijo:

- ¡Claro Kiriko!, respondió el campesino
pero sube con cuidado,
no sea que al agua caigamos
y quedemos todos empapados.

Así subió el gallo Kiriko junto a Trotón el caballo, Boladenieve la ovejita y Tobías el campesino. Todos siguieron navegando lejos, río abajo. Allá vieron a Dana la vaca que dijo:

- Campesino Tobías, buen amigo,
¿puedo subir a la barca contigo?

Cada mañana la vaca Dana daba rica y templada leche a Tobías. Y aunque la barca iba ya cargada Tobías a Dana le contestó:

- ¡Claro Dana!
pero sube con cuidado,
no sea que al agua caigamos
y quedemos todos empapados.

Entonces Dana subió a la barca junto a Trotón el caballo, Boladenieve la ovejita, Kiriko el gallo y Tobías el campesino. Pero justo en el momento en que la vaca subió, una mosca negra se le poso en el trasero. Dana movió su largo rabo para espantarla pero la barca se tambaleó, la barca zozobró y al final se volcó.

- ¡Dana, Dana, aquí está la superficie camina hacia la orilla con cuidado!, decía el gallo Kiriko alzando el vuelo.

- ¡Boladenieve, Boladenieve, súbete a mi espalda, te llevaré nadando al otro lado!, decía Trotón el caballo a la ovejita.

- ¡Tobías, Tobías, empuja el bote con tus manos hasta la orilla, dale la vuelta para que se seque y regresa con el sol de mediodía!, decían todos.

Y así fue, como los animales pasaron el día junto a la orilla comiendo frescos pastos verdes, mientras se secaban al sol. Al atardecer regresaron todos a la granja.

Despacito, despacito en este soleado día,
navegando, navegando por las aguas mansas,
navegando, navegando por las aguas frías
cada uno caminando llegará a casa.

Allí llego primero el señor Tobías. Cuando la noche cubrió los campos con su oscuro manto, todos quedaron dormidos entonces el campesino regresó a su cabaña y se dispuso a dormir en su cómodo cama.

Lula, lula, lula, luuuu adiós, adiós,
las estrellas y la luna brillan.
Lula, lula, lula luuuu a dormir todos.
Adiós, adiós.

EL PEQUEÑO ABETO

Cuento Francés

Érase una vez un pequeño abeto. Solo en el bosque, en medio de los demás árboles cubiertos de hojas, él sólo tenía agujas, nada más que agujas. ¡Cómo se quejaba!

- Todos mis amigos tienen hermosas hojas, hermosas hojas verdes. ¡Yo solo tengo espinas! Quisiera tener, para darles un poquito de envidia, hojas todas de oro.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, quedó deslumbrado...

- ¿Dónde están mis espinas? ¡Ya no las tengo! ¡¡Me han dado las hojas de oro que había pedido! ¡Qué contento estoy!

Y todos sus vecinos que le estaban mirando, dijeron:

- ¡El pequeño abeto es todo de oro!

Pero he aquí que un hombre, un malvado ladrón, llegó al bosque y les oyó. Pensó:

- Un abeto de oro ¡Qué gran negocio!

Pero como tenía miedo de ser visto, volvió por la noche con un gran saco. Cogió todas las hojas sin dejar una.

A la mañana siguiente, al verse completamente desnudo, el pobre abeto se puso a llorar.

- *Ya no quiero más oro* -se dijo en voz baja-. *Cuando vienen los ladrones, te lo roban todo y ya no te queda nada. ¡Quisiera tener todas las hojas de cristal! ¡El cristal también brilla!*

A la mañana siguiente, cuando despertó, tenía las hojas que había deseado. Se puso muy contento y dijo:

- *En lugar de hojas de oro, tengo hojas de cristal; ahora estoy tranquilo porque no me las robará nadie.*

Y todos sus vecinos que le miraban dijeron a la vez:

- *¡El pequeño abeto es todo de cristal!*

Pero cuando vino la noche, la tempestad sopló fuerte. El pequeño abeto suplicó en vano, el viento le sacudió y no quedó ni una sola de sus hojas.

A la mañana siguiente, al ver el destrozo, el pobre abeto se puso a llorar.

- *¡Qué desgraciado soy! Otra vez estoy desnudo. Han robado mis hojas de oro y han roto mis hojas de cristal. Quisiera tener, como mis amigos hermosas hojas verdes.*

Al día siguiente, cuando se despertó, vio que había obtenido lo que deseaba. Y todos sus vecinos, que le miraban se pusieron a decir:

- *¡El pequeño abeto ya es como nosotros!*

Pero, durante el día la cabra salió a pasear con sus cabritillos. Cuando vio al pequeño abeto dijo:

- ¡Venid, niñitos míos, venid hijos míos! Saboread esta comida y no dejéis nada.

Los cabritillos se acercaron saltando y lo devoraron todo en menos de un instante.

Cuando llegó la noche, el pequeño abeto, completamente desnudo y tiritando, se puso a llorar como un niño.

- Se lo han comido todo -dijo en voz baja-. *Ya no me queda nada. He perdido mis hojas, mis hermosas hojas verdes, como mis hojas de oro y mis hojas de cristal. ¡Me contentaría con que me devolvieran mis agujas!*

A la mañana siguiente, cuando se despertó, se encontró sus antiguas agujas y no supo qué decir.

¡Qué feliz es! ¡Cómo se contempla! Se ha curado por completo de su orgullo. Y sus vecinos que le oyen reír, dicen mirándole:

- ¡El pequeño abeto está como antes!



EL SEÑOR DEL BOSQUE Y SU MUJER

Cuento vasco

Erase una vez un hombre y una mujer que tenían tres hijas. El hombre era comerciante e iba de mercado. Una de esas veces en que se disponía a salir para el trabajo, le preguntó a su hija mayor:

- *¿Qué quieres que te traiga del mercado?*
- *Tráeme un par de medias de seda* -dijo la muchacha.

El hombre le pregunto a su segunda hija:
- *¿Qué quieres que te traiga del mercado?*
- *Tráeme un pañuelo de seda.*

Y el padre le preguntó también a la más joven de las hijas:
- *¿Qué quieres que te traiga del mercado?*
- *Querido padre* -dijo la pequeña-,
no necesitas traerme nada, pero cuando cabalgues por el bosque y veas al señor del Bosque, salúdale de mi parte.

El hombre se extrañó de semejante petición, pero no siguió preocupándose demasiado al respecto, y partió a caballo.

Estando en medio del bosque, vio sentado encima de un árbol a un hombre que vestía un chaleco rojo.

- *¡Eh!* -le llamó-, *¿sois vos el Señor del Bosque?*

- *Así es* -respondió-, *¿qué quieres?*

- *Debo daros recuerdos de mi hija menor.*

- *Bien* -dijo el hombre que estaba sentado encima del árbol-, *toma esta cadena de oro y pregúntale a tu hija si quiere casarse conmigo el año que viene por San Juan.*

- *Así lo haré* -dijo el comerciante.

Después de vender en el mercado todo lo que llevaba, el hombre cabalgó de vuelta al hogar trayendo consigo un par de medias de seda para su hija mayor y un pañuelo de seda para la segunda. Y cuando vio a la tercera hija esta le preguntó:

- *¿Cumpliste el recado que te pedí?*

- *Sí, y el Señor del Bosque te envía esta cadena de oro y pregunta si te quieres casar con él al año que viene el día de San Juan.*

- *Bien* -dijo la muchacha-, *si tu y madre no tenéis nada en contra, quiero casarme con él.*

Así pues, un año más tarde, el comerciante llevó a su hija menor al bosque y permaneció allí hasta que se celebró la boda.

La joven esposa vivía en un gran palacio en medio del bosque y llevaba una agradable vida. Pero un buen día llegó su marido y le dijo:

- *Querida esposa, tu padre ha enfermado y tienes que volver a casa para cuidarle. Toma estas hierbas, haz cada día una infusión con ellas y pronto se recuperará.*

- *Querido esposo* -dijo la joven-, *¿cómo podré llegar a la ciudad, y cómo regresaré?*

- *Eso ya se hará* -respondió el Señor del Bosque.

Y a continuación llamó a todos los animales del bosque que tenían que servirle. Al instante llegaron osos, lobos, ciervos, renos, liebres, zorros y toda clase de pájaros.

El Señor del Bosque llamó al oso y le preguntó:

- *¿Podrías llevar a mi mujer a su casa y traerla de vuelta?*
- *Pues claro que podría.*
- *¿Y qué comerías y beberías en el camino?*
- *Comería hierba y bebería del arroyo.*
- *No, puede ser que bebieras del arroyo, pero te comerías a mi mujer.*

Y el Señor del Bosque llamó al lobo y le pregunto:

- *¿Podrías llevar a mi mujer a su casa y más tarde traerla de vuelta?*
- *Pues claro que podría.*
- *¿Y qué comerías y beberías en el camino?*
- *Comería hierba o el follaje de los árboles y bebería del arroyo.*
- *No, tu te comerías a mi joven esposa y te beberías su sangre. ¡Retrocede!*

Y el Señor del Bosque llamó al ciervo y le preguntó:

- *¿Podrías llevar a mi mujer a su casa, protegerla para que no le ocurra nada y más tarde, cuando haya cumplido con lo que tiene que hacer, traerla de vuelta?*
- *Sí, yo puedo y quiero.*
- *¿Y qué comerías y beberías en el camino?*

- Lo que siempre como y bebo: hierba de los prados y agua clara del arroyo.
- Sí, te creo. Entonces lleva a mi joven esposa con sus padres. Más tarde te diré cuándo debes regresar con ella.

Entonces el ciervo le dijo a la joven:
- Sube a mi lomo y sujétate fuerte a mi cornamenta.

Y apenas subió la mujer, salió el ciervo disparado como el viento. Pero como el camino por el bosque era largo, después de haber corrido durante dos horas se detuvo el ciervo y dijo:

- Tengo hambre y sed, he de comer y beber. Si no es así, no podré seguir adelante. Súbete a mi cornamenta y trepa desde allí hasta el ramaje del árbol bajo el cual estoy parado.

La joven hizo tal y como le había ordenado, y entonces dijo el ciervo:
- No te dejes engañar por ningún animal y no bajes del árbol hasta que yo vuelva. Podría suponer tu muerte.

Y, una vez que la joven se lo hubo prometido, el ciervo se encaminó hacia un prado a comer hierba.

Apenas se había marchado el ciervo, llegó el oso, que había caminado a poca distancia detrás de ellos, y le dijo a la joven que estaba subida al árbol:
- Baja pequeña, vamos a bailar juntos, como hacemos en casa del jardín del señor del Bosque.

(Hay que saber que en ese jardín todos los animales tenían que ser pacíficos. Era una ley que todos los animales cumplían).

Pero la mujer se acordó de la advertencia del ciervo y dijo:

- *No tengo ganas de bailar, ¡baila tu solo!*

El oso vio que no había nada que hacer y regresó a su casa. Al cabo de un rato volvió el ciervo y dijo:

- *Y bien, baja del árbol hasta mi cornamenta y siéntate sobre mi lomo.*

Así lo hizo la joven y el ciervo siguió corriendo.

Y estaban casi saliendo del bosque cuando nuevamente el ciervo detuvo su carrera y dijo:

- *Trepa a mi cornamenta y desde ahí sube a esa roca, pues me siento débil a causa del hambre y la sed.*

Así lo hizo la joven y subió a la roca, y el ciervo volvió a decir:

- *No te dejes convencer por ningún animal para que bajes de la roca hasta que yo vuelva. Podría suponer tu muerte.*

La mujer se lo prometió y el ciervo se fue en busca de hierba. Apenas se había alejado el ciervo cuando se acercó el lobo que también había seguido al ciervo, pero a una distancia mayor que el oso. Y el lobo se puso a los pies de la roca y le dijo:

- *Baja, pequeña, y recogeremos flores como lo hacemos en el jardín de casa, pues te quiero trenzar una bonita corona.*

Pero la muchacha recordó la advertencia y dijo:

- *No, no tengo ganas de coger flores. Ve tú solo.*

El lobo, sin alejarse demasiado empezó a cantar:

Miles de hermosas
flores hay en el prado silvestre
todas yo quiero coger
para mi dulce doncella.

La muchacha oyó cantar al lobo, y se alegró mucho por tan afectuoso canto. Y cuando el lobo hubo recogido un ramillete de flores, volvió con él a la roca, se sentó allí, y trenzó una bonita corona. Cuando esta estuvo lista, comenzó de nuevo a cantar:

Mira que hermosas flores
reunidas en una corona bella,
acércate aquí
tu frente con ellas adorna.

La joven se sintió totalmente conmovida ante tantos halagos y estuvo a punto de bajarse de la roca, pero entonces regresó el ciervo y el lobo no tuvo más remedio que ponerse la corona en su propia cabeza y hacer como si no hubiera tenido malas intenciones. Al marcharse de allí siguió cantando, aunque ya no era una bonita canción:

Miles de hermosas flores
debe el diablo buscar
y al ciervo arrojar
candente carbón infernal.

Pero no había nada que hacer; el ciervo dejo que la muchacha subiera otra vez a su lomo y la llevó hasta la casa de sus padres. Estos se alegraron muchísimo cuando volvieron a ver a su hija, y ella preparó enseguida una infusión para su padre con las hierbas que le había dado el Señor del Bosque. Y al cabo de siete días el padre sanó.

Entonces la muchacha tendría que haber llamado al ciervo para regresar sobre él a casa de su marido. Pero las hermanas no la dejaron y la encerraron, porque querían retenerla con ellas.

Una mañana, mientras la muchacha se estaba peinando, llegó volando hasta la ventana un pájaro y le dijo:

- Buenos días, bella muchacha.
- Buenos días pajarillo.
- Tu marido te espera, pues sabe que tu padre ya está sano.
- Saluda de mi parte a mi marido y dile que no puedo salir de aquí. Mis hermanas me tienen siempre encerrada en la alcoba.
- Bien, se lo diré.

Y el pajarillo voló hacia el bosque y contó todo lo que le había dicho la joven. Y entonces el Señor del Bosque mandó al ciervo a recoger a su esposa y le mandó llevar con él al ratón y a la liebre. Y mientras el ciervo corría con el ratón en el lomo, la liebre saltaba a su lado.

Llegaron a la casa a media noche cuando todos dormían. Saltó el ratón del lomo del ciervo y entró a hurtadillas por debajo del umbral de la puerta hasta la alcoba donde dormían las hermanas de la esposa del Señor del Bosque, y con mucho cuidado sacó la llave de debajo de la almohada de

la hermana mayor. La cogió entre sus patas y corrió con ella fuera de la casa.

En ese momento entró la liebre en acción. Estirada sobre las patas de atrás metió la llave en la cerradura, abrió la puerta y entró en la alcoba de la más joven.

- *Despierta, hemos venido a buscarte.*

La joven se despertó y rápidamente saltó sobre el lomo del ciervo y ¡otra vez ya estaban en el bosque!

Nunca más el Señor del Bosque dejó a su mujer ir a casa de sus padres, pero permitió que su familia le visitara cada año, el día de San Juan.

Y así lo han hecho desde entonces...



LA HISTORIA DEL NOMBRE DEL ÁRBOL

Cuento africano

Hace mucho, mucho tiempo, se produjo una gran hambruna en aquella tierra ... y todo el mundo estaba hambriento. Sin embargo, en aquella tierra creció un enorme árbol con deliciosos frutos.

Pero era sabido que esos frutos sólo caerían cuando alguien dijera el nombre del árbol. El hambre se acentuó. El pueblo se reunió en torno al árbol y se instaló allí para vivir, en espera de que el fruto madurase y cayese. Cuando el fruto estaba ya casi maduro, se descubrió con espanto ¡que nadie sabía el nombre del árbol!

- Enviemos a la rápida liebre a través de las montañas, para que pregunte al Jefe, él sabe el nombre, y así ella podrá traérnoslo velozmente. ¡Ve deprisa y trae el nombre, por campo y montaña corre, corre!

Así lo pidió el pueblo.

- ¡Saludos, oh Gran Jefe!, ¿puede decirme el nombre del gran árbol que crece en nuestro pueblo?

- El nombre de ese árbol es U-wun-ge-lay-ma.

- Cuando vuelvas al pueblo, ponte ante el árbol, dí el nombre y la fruta caerá - dijo el Jefe.

- *¡Gracias, Gran Jefe!* -exclamó la liebre.

Pero la liebre iba tan rápidamente por el camino de vuelta, que no vio por donde iba, tropezó con una raíz y cayó rodando por una colina. Por fin llegó al pueblo, se plantó frente al árbol y gritó:

- *¡U-wun-ga-tu-ma!*

- *¡U-wun-ga-tu-ma!* -repitió el pueblo. Pero del árbol no cayó ni un fruto.

- *¡Fuera, fuera, fuera del pueblo, has olvidado el nombre correcto!* -gritó el pueblo enfurecido. Y la liebre, avergonzada se tuvo que marchar.

- *¡Enviemos a la cabra, ella es fuerte y determinada y no se parará a comer hojas!*

- *¡Ve deprisa y trae el nombre por campo y montaña corre, corre!* -el pueblo suplicó.

- *¡Saludos, oh Gran Jefe! ¿Puede decirme el nombre del gran árbol que crece en nuestro pueblo?* -preguntó la cabra.

- *El nombre de ese árbol es U-wun-ge-lay-ma* -dijo el Jefe.

- *¡Gracias, Gran Jefe!* -la cabra contestó.

La cabra volvió rápidamente, pero en la carrera clavó sus cuernos en un árbol. Trató largo tiempo de desenclavarse, pero cuando lo logró no podía recordar el nombre. Llegó al pueblo, se plantó ante el árbol y gritó:

- *¡U-wun-tu-gay-la!*

Pero del árbol no cayó ni un fruto.

- *¡Fuera, fuera, fuera del pueblo has olvidado el nombre correcto!* -gritó el pueblo enfurecido. Y la cabra, avergonzada se tuvo que marchar.

- *Debemos enviar ahora al león, pues es tan rápido como fuerte, y no tiene cuernos con los que se enganche en los árboles.*

- *¡Ve de prisa y trae el nombre, por campo y montaña corre, corre!* -el pueblo suplicó.

- *¡Saludos, oh Gran Jefe! ¿Puede decirme el nombre del gran árbol que crece en nuestro pueblo?*

- *El nombre de ese árbol es U-wun-ge-lay-ma* -dijo el Jefe.

- *¡Gracias, oh Gran Jefe!* -dijo el león.

Mientras el león volvió al pueblo, sintió sueño y se echó junto al camino para dormir un rato. Cuando se despertó el nombre se le había ido de la cabeza. Llegó al pueblo, se plantó ante el árbol y exclamó:

- *¡U-way-ma-luna!*

- *¡U-way-ma-luna!* -repitió el pueblo. Pero del árbol no cayó ni un fruto.

- *¡Fuera, fuera, fuera del pueblo has olvidado el nombre correcto!*

- *Amigos, enviemos entonces a la tortuga* -propuso el pueblo.

- *Dejémosle ir, todos hemos fallado, que falle ella también* - dijo el león.

Antes de salir, la tortuga fue a ver a su madre.

- *Madre, ¿cómo recuerda uno un nombre muy difícil?*

- Hijo mío, si deseas recordar algo, no dejes de decirlo por ninguna razón -le aconsejó la madre.

La tortuga partió de viaje y el pueblo cantó:

- ¿Cómo podremos el nombre saber?

Fue primero la liebre y tropezó al correr.
La cabra clavó sus cuernos y al poco los pierde.
El león rugió y se quedó dormido.
Y la tortuga va despacio, despacio por el camino.

- Despacio y seguro por el camino voy. Pero volveré con el nombre en el día de hoy -pensó la tortuga.

- ¡Saludos, oh Gran Jefe! ¿Puede decirme el nombre del gran árbol que crece en nuestro pueblo?

- El nombre de ese árbol es U-wun-ge-lay-ma.

- ¿Puedes decírmelo una vez más? -le pidió la tortuga.

- U-wun-ge-lay-ma -contestó el Jefe.

- U-wun-ge-lay-ma. ¡Gracias, Gran Jefe! -dijo la tortuga.

La tortuga emprendió el camino diciendo el nombre una y otra vez. Cuando pasó por su casa, su mujer salió a saludarle. Y le dijo:

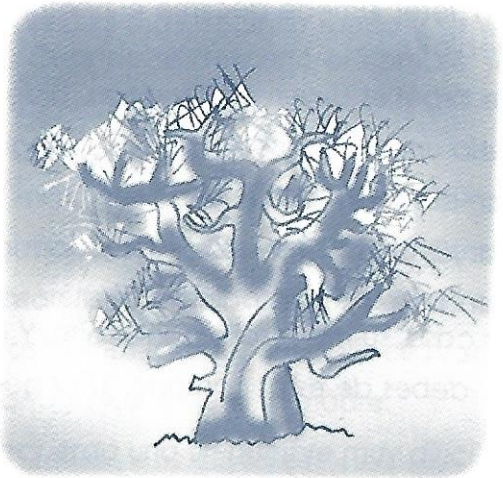
- Querido marido, debes de estar cansado. ¿Por qué no echas una siestecita?

- *U-wun-ge-lay-ma, uno se para cuando llega* - advirtió la tortuga tranquilamente.

- *¡U-wun-ge-lay-ma!* - dijo la tortuga delante del gran árbol.

- *¡U-wun-ge-lay-ma!* - exclamó el pueblo. El gran árbol balanceaba sus ramas y dejó caer el fruto delicioso al suelo. El pueblo cantó de felicidad. Juntó sus manos y bailó alrededor del gran árbol cantando:

¡Sabemos el nombre y estamos contentos.
Ya nunca mas estaremos hambrientos.
Gracias gran árbol. Gracias tortuga!



¿QUIEN LLAMA EN LA NOCHE A LA PUERTA DE IVAN ?

Tilde Michels

En un país lejano y frío donde la nieve cae sin cesar,
hay un hermoso bosque,
y en el bosque está la casa donde vive Iván.

Ha llegado la noche; bosque y casa azota la tormenta
Iván se sobresalta y salta de la cama ...
¿Quién será el que llama a la puerta?

"¿Quién será?, se pregunta mientras cae la nieve y ruge el viento.
Desde afuera responde una liebre con ayes y lamentos:

"¡Ay, ay, déjame entrar, que tengo mucho frío!"
Iván abre la puerta y dice: "¡Adelante!, aquí hallarás abrigo.

Echaré leña al fuego y así tendrás calor."
La liebre se acomoda feliz en él sillón

Iván vuelve a la cama. Ya todo está tranquilo ...
"¡Buenas noches!" murmura, y se queda dormido.

Poco dura la calma, pues, de pronto, un ruido los despierta.
Los dos se sobresaltan y saltan de la cama ... Quién será el que llama a la puerta?

¿Quién será? Esta vez es un zorro,
un zorro pelirrojo de cola muy tupida
que aporrea la puerta con sus patas
mientras muy fuerte chilla:
"¡Ay, ay, déjame entrar!"

La liebre se estremece y levanta las orejas ...
"Por favor" dice, "no la dejes pasar;
el zorro es mi enemigo y es seguro que me quiere devorar."

"¡Nada te haré! ...¡lo juro!" grita el zorro, aterido.
"¡Dejadme entrar, por Dios, que estoy muerto de frío!"

Iván abre la puerta al tiempo que le dice:
"Cumple tu juramento y tendrás buen cobijo".
Y el zorro se acomodó muy contento.

"¡Buenas noches!", murmura Iván, y se mete en la cama.
Otra vez reinan la calma y el silencio
mientras afuera arrecia la nevada.

Y ahora, ¿qué sucede que los tres se despiertan?
¡Nuevamente golpes y zarpazos!
¿Quién será el que llama a la puerta?

¡Un oso! Un oso que tirita ...
Iván da un salto rápido como el rayo;
tiembla la liebre, pero no de frío,
y el zorro está al borde del desmayo. Y gime:
"¡Ay, ay, desgraciado de mí! El oso viene a buscarme
porque ayer la carne le robé ¡Nada ni nadie ya puede salvarme!"

Se equivoca el zorro pelirrojo.
Al oso no le importa nada de nada.
Tan solo ansia un poco de calor
pues tiene hasta la cola congelada.

Y jura por su honor que será manso si lo dejan entrar.
Iván abre la puerta y dice:
"Acércate a la estufa, te puedes calentar."

Y echa leña y más leña hasta que el fuego crepita y arde.
Y después aconseja: "Tratemos de dormir, que ya es muy tarde."

El viento sopla y sacude la casa,
caen los árboles bajo la tormenta.

Pero los cuatro duermen tan campantes ...
¡De nada se dan cuenta!

Y así llegó la mañana. La liebre despertó,
despacito abrió la puerta y por la nieve se marchó.
Mientras corría pensaba, mientras pensaba decía:

"¡Corre que te corre, liebre, que en ello te va la vida!
Ese zorro es muy ladino y tiene mala intención.
¡No creo que en una noche se cambie su condición!"

Cuando el zorro abrió los ojos se desperezó contento,
pero al divisar al oso se paralizó al momento.
"Será mejor escapar y librarme de un zarpazo
que un oso es muy peligroso hasta si te da un abrazo."

El oso se quedó solo, abrigado en su rincón.
Muy tranquilo se sentía y miraba en derredor.
De pronto, con gran sorpresa, vio una escopeta colgada ...

¡Aquí vive un cazador ... , será mejor que me vaya!
El sol brilla nuevamente y ha cesado la tormenta.
¡Corre que te corre oso, que nadie se dará cuenta!"

Cuando se despierta Iván no entiende lo que ha pasado;
está la casa vacía ... ¿Será que sólo ha soñado?

Pero al mirar hacia afuera ve unas huellas dibujadas
de oso, de liebre y de zorro ... ¡Señal de que no lo ha soñado!

Después de lo sucedido con alegría comenta:
"En paz pasamos la noche ... ¡Lo que puede una tormenta!"



LAS TRES PREGUNTAS

Cuento español

Fue en aquellos tiempos cuando uno podía convertir la paja en plata, que vivía una princesa tan bella y bonita como no era posible encontrar otra igual. Un príncipe joven y apuesto se enamoró de ella y pensó que había nacido de rango bastante alto para pedir su mano. Pero la princesa dijo:

Sólo me casaré con aquél
que me pueda contestar tres preguntas:
¿Cuál es el alimento más alimento?
¿Cuál es la bebida más bebida? y
¿Cuál es la especia más especia?
Si no lo sabes, no me casaré contigo".

El pobre príncipe se quedó muy triste porque no sabía contestar ninguna de las preguntas. Y como estaba muy enamorado de la princesa, decidió ir a recorrer el mundo para encontrar la solución a las tres preguntas. Anduvo y anduvo, visitó un país tras otro, atravesó miles de reinos, pasó por altas montañas, atravesó profundos ríos y torrentes y densos bosques, pero allí donde preguntaba no encontraba ninguna información.

Una mañana encontró un pastor que tocaba su flautita y guardaba un rebaño de ovejas. El príncipe le quiso preguntar por una gran ciudad, en la que vivía un hombre sabio y anciano, y el pastorcillo contestó a las preguntas del príncipe amable y hábilmente. Al final quiso saber también su nombre:

- ¿Cómo te llamas pequeño pastor?
- Diablito
- ¡Qué raro! cómo es que te llamas diablito?
- Porque soy el hijo de un diablo y una diablesa.
- ¿Cómo es eso?
- Sí señor, soy un diablo, pues mi madre dice a menudo a mi padre: "Eres el diablo en persona", y él contesta: "y tú eres una auténtica diablesa". Con lo cual yo soy un diablillo.

Toda esta explicación la dio con tanta gracia que el príncipe tuvo que reírse y puesto que pensaba que el zagalillo era bastante listo, le preguntó:
- Escucha pues, diablillo ¿me puedes decir cuál es el alimento de los alimentos?
- Pero ¡qué pregunta! eso lo sabe cualquier niño. El pan es el alimento de los alimentos, pues todos los hombres lo comen, tanto paganos como cristianos y judíos. Y cada vez que un hombre tiene hambre ¿no reclama siempre pan?

El príncipe estaba convencido de que el pastorcillo había acertado en su respuesta, y por eso siguió preguntando:
- ¿Y cuál es la bebida de las bebidas?

- ¡Cómo! ¿tampoco lo sabéis? Todo el mundo sabe que el agua es la bebida de todas las bebidas. Los hombres, los animales y las plantas morirían si no hubiera agua. Y cada vez que un hombre tiene sed ¿no reclama siempre agua?

La respuesta le gustó al príncipe tanto como la primera y por eso preguntó por tercera vez:

- Ahora me gustaría saber ¿cual es la especia de las especias?

- Pero, ¿es que hay alguien en el mundo que no lo sepa? La especia de las especias es la sal. Sin la sal las comidas no tendrían sabor, ni siquiera mis ovejas y mis cabras querrían vivir sin sal.

Entonces el príncipe reconoció que también esta respuesta era la mejor explicación y no podía entender cómo no se le había ocurrido a él y que tampoco los sabios ancianos hubieran encontrado esta fácil solución. Regaló al pastorcillo una bolsa llena de ducados de oro, y lleno de esperanza tomó el camino hacia casa.

Cuando llegó a la ciudad donde vivía la princesa, preguntó enseguida si aún seguía soltera y si se había casado ya. Pero a pesar de haber llegado muchos pretendientes, ninguno había encontrado la respuesta, y la princesa había perdido la esperanza de casarse algún día. De forma que el príncipe fue al palacio y dio a la princesa respuestas a sus preguntas. Y ella quedó muy satisfecha. El más feliz era el rey que, por fin, había conseguido casar a su hija. Y así pues celebraron una brillante boda.

EL MANZANO DE ORO

Cuento bielorruso

Había una vez un hombre y una mujer que tenían dos hijas; una era hija del padre y se llamaba Galia, la otra era hija de la madre y se llamaba Nuna.

La madre mimaba a su hija y la malcriaba pero a su hijastra la trataba con mucha severidad y siempre buscaba el pretexto para mandarla al otro mundo.

Un día, el padre fue a la feria y compró un ternero. Cuando lo llevó a casa les dijo a sus hijas:

- Llevadlo a pastorear por turno, un día una y otro día otra.

El primer día arreó el ternero al pastizal Galia la hija del hombre. La malvada madrastra le dio un huso y una bolsa llena de lino y le dijo:

- ¡Ojo! Cuando regreses tienes que haber hilado todo el lino, tienes que haber tejido y blanqueado la tela. Al anochecer debes traerla a la casa, si no, perderás la vida.

Galia sacó el ternero del establo, le acarició el cuello y se fue con él para el pastizal.

Mientras lo arreaba iba derramando lágrimas amargas. El ternerillo le preguntó:

- Niña bonita, trenza rubita, ¿por qué lloras?

- ¡Cómo no he de llorar, ternerito! Mi madrastra me ordenó que hile esta bolsa de lino, que teja la tela y la blanquee, y que la traiga a casa al anochecer ... ¿Acaso podré hacer tanto trabajo en un día?

- No llores -repuso el ternerito-, *arréame al pastizal de la hierba que ansío y del fresco rocío, allí veremos.*

Galia arreó el ternero al pastizal de la hierba que ansiaba y que el rocío refrescaba. Sació su hambre el ternero, pastoreó a gusto, y luego dijo:

- Ahora ponme en mi oreja derecha el huso y el lino. Luego sopla en mi oreja izquierda y verás.

Galia puso el lino y el huso en la oreja derecha del ternero, sopló en la oreja izquierda y se puso a mirar. El hilo se hilaba, la tela se tejía, después se blanqueaba y se iba enrollando ...

Cuando terminó el trabajo, Galia tomó el rollo de la tela y, muy contenta, arreó al ternero de regreso.

La malvada madrastra la estaba esperando en el umbral.

- Bueno, ¿hiciste todo?

-Sí -contestó Galia, y le entregó el rollo de la tela hecha. La madrastra, sorprendida, se agarró de la cabeza: *¡Qué trabajo había cumplido su hijastra!*

Se acercaron las vecinas y quedaron admiradas: tan fina era la tela que había tejido Galia. Se pusieron a alabarla, y los mejores elogios les parecían poco o nada. Le tocó el turno de arrear el ternero a Nuna, la hija de la mujer.

- *Hila el lino, hijita* -le dijo- *y teje una tela mejor que la que hizo tu hermanastra. Quiero que la gente te elogie a ti y no a ella.*

Nuna empuñó un palo de roble y arreó al ternero. Lo iba arreando a golpes, para eso llevaba el palo. El ternero se puso a brincar para un lado y otro, esquivando los golpes; Nuna lo perseguía, espetando maldiciones. Y tanto corrió, que al fin perdió el huso.

A duras penas metió el ternero en un pastizal sin hierba, tiró la bolsa de lino al suelo y se acostó a dormir. El ternero pisoteó el lino hasta hundirlo en el barro.

Nuna se despertó al anochecer y vio el lino pisoteado y manchado ... De nuevo agarró el palo de roble y se puso a castigar al ternero. El ternero se escapó al corral; ella lo perseguía gritándole de todo.

Y en su casa, la madre le preguntó:

- *¿Qué tal hijita, hiciste el trabajo?*

- *No* -repuso la hija.

-*¿Por qué?*

- *El ternero tiene la culpa. Por él perdí el huso, después me pisoteó todo el lino en el barro...*

La madrastra se enfadó. Fue y le dijo al padre:

- *¡Viejo, mata al ternero!*

- *¡Mujer, estás loca!* -El marido la miró con los ojos llenos de asombro-. *¿Por qué lo voy a matar?*

Entonces la madre se enfadó y alzó los puños contra él.

- *¡Si no lo matas, te voy a echar para siempre con tu hija!*

No había manera de convencerla, y el hombre le dijo que iba a matar al ternero para conformarla.

Galia oyó todo, se fue corriendo al establo, abrazó al ternero y se puso a llorar.

- *Niña bonita, trenza rubita, ¿por qué lloras?* -le preguntó el ternero. Galia le contó las intenciones de su madrastra.

-*No llores* -le dijo el ternero-. *Mejor será que escuches mi consejo. Cuando me maten toma mi hígado, en él encontrarás una semilla de oro. Planta la semilla en el jardín, junto a la casa. Eso es todo.*

Galia le hizo caso al ternero.

De aquella semilla creció un manzano que daba manzanas de oro.

Cierta vez un gallardo y joven príncipe regresaba de caza. Vio el manzano y se detuvo. Levantó la mano para arrancar una manzanita de oro. pero la manzanita *¡tin, tin, tin!* se levantó entre las ramas. El príncipe bajó la mano, y la manzanita volvió a ocupar su lugar.

Galia lo vio a través de la ventana y le dijo a la madrastra:

- *Voy a arrancarle una manzanita a ese apuesto príncipe.*

La madrastra enfadada, impidió a la niña salir al jardín. La agarró y la empujó al rincón detrás de la tina y mandó a Nuna al jardín:

- Mejor será que mi hijita ofrezca una manzana al príncipe. Puede que se enamore de ella -pensó.

Nuna se acercó al manzano, y aquel ¡tin, tin, tin! Se levantó hacia las nubes.

Nuna se enfureció, empezó a insultar al manzano con las peores palabras.

En este momento el gallo estaba paseando por el patio, de un salto se encaramó a la empalizada y se puso a gritar:

- ¡Co-co-ro-co! La hija del padre está en el rincón, la escondieron detrás de la tina, y la hija de la vieja quiere arrancar su manzana y casarse con el señor ...

El príncipe oyó lo que decía el gallo, se apeó del caballo y entró en la casa. Encontró a Galia detrás de la tina, y apenas la vio, no pudo apartar los ojos; tanto le gustó ella.

- Niña bonita -le dijo el príncipe haciéndole una reverencia-, *dame una manzanita de oro, será un recuerdo tuyo para mí.*

Ella se acercó al manzano, y todas las manzanitas cayeron a sus pies. Las juntó en el delantal y se las ofreció al príncipe.

Este la alzó en vilo, compartió con ella la silla de montar y la llevó al castillo de sus padres.

Allí celebraron la boda y empezaron a vivir felices. Tuvieron un hijo muy lindo, y los padres le dieron todo su amor.

Entretanto la malvada madrastra no podía dormir de la envidia, porque el príncipe se había casado con su hijastra y no con su hija. Seguía pensando qué hacer para mandarla al otro mundo.

Una vez le dijo a su hija:

- Nuna, vete a visitar a tu hermanastra. Llámala a bañarse y ahógala en el río.

Ella le hizo caso a su madre y fue de visita al castillo de su hermanastra. La convenció para ir con ella a bañarse, y en el río le dijo:

- Siéntate en el tronco, hermana, te voy a lavar la espalda.

Galia se sentó en el tronco; entonces Nuna la tiró al agua y se escapó a su casa.

Por mas que la esperaban, Galia no volvía. El hijito lloraba y nadie podía consolarlo. La niñera lo alzó en brazos y caminó con él por la orilla del río, llamándola:

- Galia, Galia, tu hijo no se calla, llora de hambre.

Las gallinas duermen, los gansos duermen, sólo él no se puede dormir, espera a mamá que está por venir.

Y oyó la voz de su madre y se puso a llorar a gritos.

-¡Ay! ahora voy hijito -repuso la madre-. *No soporto tu llanto.*

La madre salió del agua, le dio de comer y el hijo se quedó dormido. Entonces ella volvió a lo profundo.

La niñera regresó al castillo y contó al príncipe todo lo que había pasado en la orilla del río.

Al día siguiente el padre llevó al niño en brazos, tomo una manzanita de oro y fue para el río. Ya en la orilla, se puso a llamar:

- Galia, Galia, tu hijo no se calla,
llora de hambre.
Las gallinas duermen,
los gansos duermen,
sólo él no se puede dormir,
espera a mamá que está por venir.

Oyó la madre que el hijo seguía llorando, y repuso:

-¡Ay! ahora voy hijito; no puedo soportar tu llanto.

Salió a la orilla, le dio de comer, y el hijo se quedó dormido. Entonces el marido sacó del bolsillo la manzanita de oro y se la dio a su esposa. Apenas ella probó la manzanita de oro, volvió en sí.

El príncipe se puso muy alegre, la condujo al castillo, y de nuevo vivieron felices y contentos y nunca jamás dejaron a la malvada madrastra y a su hija pasar el umbral del castillo.

EL VIEJO BURRO

Michael Hedley Burton

Había una vez un burrito, que tenía las orejas muy largas. Una de sus orejas miraba hacia el cielo y la otra colgaba hacia la tierra. El burro tenía una cola que sacudía con enérgico vaivén para quitarse las moscas. También tenía una voz preciosa, Al menos él pensaba que era bonita. Pero era viejo, muy viejo.

Era tan viejo que no podía llevar la carreta. Lo intentaba, pero no lo conseguía. Su amo era un herrero, que se llamaba Tomás. El amo decía:

- Necesito un animal que tenga la fuerza suficiente para tirar de la carreta llena de hierro.

Entonces fue y compró un caballo joven y lleno de vida. Y así el caballo pudo tirar de la carreta ya que el Viejo Burro no podía. Tomás se quedó pensando y dijo:

- ¿Y qué voy a hacer con este Viejo Burro? No me lo puedo quedar si no trabaja. Tengo que venderlo.

El burrito se sintió muy triste con esto. Pero tenía un buen amigo. Era Robbie, el hijo del herrero, que le dijo al burrito:

- No estés triste, querido Viejo Burro. No estés triste. Mira, te he comprado azúcar para comer, eso te gusta. Y te voy a hacer cosquillas detrás de las orejas. Así estarás de nuevo contento. ¿Por qué pareces tan triste?

Robbie era la única persona en el mundo que entendía todo lo que le decía el Viejo Burro. Robbie escuchó al burro con mucha atención y dijo;

- De verdad? ¿Mi padre te quiere vender porque dice que no puedes trabajar? ¡Pues eso es una tontería! Tú y yo nos iremos muy lejos de aquí hasta que encontremos un trabajo que tú puedas hacer, aunque seas viejo y no puedas tirar de una carreta llena de hierro. "¡Anímate, burrito!"

Y así se fueron.

Anduvieron y anduvieron. Robbie iba delante y el Viejo Burro iba detrás, hasta que se encontraron con un gato.

- Buenos días querido Hocico de Leche - dijo Robbie - *¿Has conocido mi Viejo Burro? Es muy simpático aunque sus orejas son poco firmes. Está en el mundo para encontrar algo nuevo. ¿Tienes algún trabajo que pueda hacer?*

- Miau - digo el gato-. *Déjame ver si tu burro puede hacer mi trabajo. En la noche cuando todo el mundo en la casa duerme, salen los ratones de sus escondites. Pero allí estoy yo para vigilar que no lleguen a robar el queso y el jamón. Los atrapo con mucha astucia. Déjame ver si tu burro puede hacer mí trabajo. El Viejo Burro intentó cazar ratones, pero por mucho que lo intentó, no lo consiguió.*

- Miau - dijo el gato -. *Ya sabía yo que no sirves para mucho.*

Y se fue contento y presumido.

El Viejo Burro estaba tan triste que no podía dar otro paso. Sus dos orejas cayeron hacía la tierra. Ni siquiera Robbie supo que decirle.

Anduvieron y anduvieron. Robbie iba delante y el Viejo Burro iba detrás, hasta que se encontraron con un perro.

- *¡Buenos días. Don Pulgoso!* -dijo Robbie-. *¿Conoces a mi Viejo Burro? Es muy simpático, aunque sus orejas no son muy firmes. Está en el mundo para encontrar algo nuevo. ¿Tienes algún trabajo que pueda hacer?*

- *¡Guau!* -dijo el perro-. *Déjame ver si tu burro puede hacer mi trabajo. Yo vigilo la casa de mi amo y si vienen ladrones, despierto a mi amo con fuertes ladridos y salto encima de los ladrones y los muerdo.*

El Viejo Burro lo intentó. No ladraba muy bien y no era capaz de, morder ni a un ladrón.

- *Guau* -dijo el perro-. *Esto no es suficiente. Nunca oí a nadie ladrar tan mal.*

Y se fue.

El Viejo Burro se entristeció todavía mas.

- *¡Alégrate, saleroso!* -dijo Robbie-. *Claro que no puedes cuidar la casa como Don Pulgoso, el perro, ni atrapar ratoncitos como Hocico de Leche. Pero hay muchas mas maneras de trabajar en el mundo.*

Y se fueron.

Anduvieron y anduvieron. Robbie iba delante y el Viejo Burro iba detrás, hasta que se encontraron con una vaca.

- *¡Buenos días! querida Tiracubos* -dijo Robbie-. *¿Conoces a mi Viejo Burro? Es muy simpático, aunque sus orejas son poco firmes. Está en el mundo para encontrar algo nuevo. ¿Tienes algún trabajo que pueda hacer?*

- *¡Muu!* -dijo la vaca-. *Déjame ver si él puede hacer mi trabajo. Yo estoy en el campo pastando hierba, y en el momento de ordeñar, le doy al granjero un cubo lleno de leche.*

El Viejo Burro lo intentó. Pero no pudo dar ni una gota de leche.

- *¡Muu!* -dijo la vaca-. *No sé por qué te cuidan si comes tanta hierba y no das leche. ¡Qué desperdicio!*

Y se marchó.

El Viejo Burro se entristeció aun mas.

-*¡Alégrate saleroso!* -dijo Robbie-. *Por supuesto que no puedes dar leche como Doña Tiracubos, la vaca, ni cuidar la casa como Don Pulgoso, el perro, ni atrapar ratoncitos como Hocico de Leche, el gato, pero hay muchas mas maneras de trabajar en el mundo.*

Y se fueron.

Anduvieron y anduvieron. Robbie iba delante y el Viejo Burro iba detrás, hasta que se encontraron con una pata.

- *Buenos días, Chapoteadora-en-el-Charco* -dijo Robbie-, *¿conoces a mi Viejo Burro? Es muy simpático, aunque sus orejas son poco firmes. Está en el mundo para encontrar algo nuevo. ¿Tienes algún trabajo que pueda hacer?*

-*¡Cuac!* -dijo el pato-. *Déjame ver si él puede hacer mi trabajo. Yo nado en el estanque y mantengo juntos a mis patitos para que no chapoteen por allí y se pierdan.*

El Viejo Burro lo intentó. Se metió en el agua e intentó chapotear como un pato. Pero no le salió muy bien. Chapoteó tan fuerte que todos los patitos se asustaron y se fueron a esconder.

- *¡Cuac, cuac, cuac!* -protestó la pata-. *Tendrías que haber ido nadando por encima del agua y no por debajo. Ahora tengo que reunir otra vez a mis ocho patitos para que estén juntos de nuevo.*

Y se fue. Ahora, el Viejo Burro estaba aun mas triste, y también estaba mojado.

- *¡Alégrate, saleroso!* -dijo Robbie-. *Claro que no puedes nadar como la Señora Chapoteadora-en-el-Charco, la pata, ni dar leche como Doña Tira-cubos, la vaca, ni cuidar la casa como Don Pulgoso el perro, ni atrapar ratoncitos como Hocico de Leche, el gato. Pero hay muchas mas maneras de trabajar en el mundo.*

Y se fueron.

Anduvieron y anduvieron. Robbie iba delante y el Viejo Burro iba detrás. Hasta que se encontraron con un gallo.

- *Buenos días, querido señor Cola Encrespada* -dijo Robbie-. *¿Conoces a mi Viejo Burro? Es muy simpático, aunque sus orejas no se sostienen derechas. Está en el mundo para encontrar algo nuevo. ¿Tienes tú algún trabajo que pueda hacer?*

- *Kikiríkí* -dijo el gallo-. *Mi trabajo es el mas importante de todos. Cuando sale el sol, despierto a toda la granja con mi canto. ¿Puede tu burro cantar como yo?*

El Viejo Burro lo intentó, pero no pudo.

- *Kikiriki* - dijo el gallo -. *Ya sabía yo que nadie en el mundo entero puede cantar como yo. Soy una criatura muy especial.*

Y se fue con mucho orgullo y contento de sí mismo.

El Viejo Burro se entristeció mucho. Ya no quería seguir adelante y sus dos orejas cayeron hacia la tierra. Ni siquiera Robbie supo qué decirle.

En aquel momento, pasó un niño. También él estaba triste, lloraba y lloraba.

- *¿Qué te ocurre, niñito?* -preguntó Robbie.

- *Antes teníamos un caballo pero mi padre lo vendió* -contestó el niño-. *Yo esperaba poder montarlo cuando fuera mayor, pero ahora ya nunca podré montar. Por esto estoy triste.*

Robbie no sabía qué decir al niño, que seguía llorando. Pero el Viejo Burro tuvo una idea. Sus dos orejas se pusieron muy tiesas, y acercándose a Robbie, le susurró algo al oído...

Robbie recogió al pequeño y lo montó a lomos del Viejo Burro. El niño dejó de llorar, y sus ojos se iban agradando según paseaban por los campos.

Robbie guiaba al burro, ni muy rápido, ni muy lento.

Entonces llegó el padre de Robbie, el herrero. Sonrió al ver a Robbie con el Viejo Burro y el niñito.

- *¡Mira!* -dijo Robbíe-, *el Viejo Burro ha encontrado el trabajo apropiado para él. No sabe cantar como el gallo Cola Encrespada, ni nadar como la señora pata Chapoteadora-en-el-Charco, ni dar leche como la vaca*

Tiracubos, ni cuidar la casa como el perro Don Pulgoso, ni atrapar ratoncitos como el gato Hocico de Leche. Pero ha encontrado un trabajo que puede hacer mejor que nadie en el mundo. Ningún animal podría hacer lo que está haciendo. ¡Ya me gustaría ver al gallo en esta situación!

Entonces vinieron los demás animales y vieron qué feliz era el Viejo Burro.

Y el Viejo Burro se fue y vivió con el niñito. Muchos otros niños vinieron a verle y a montar a lomos del Viejo Burro. Y Robbie venía a verle cada día y le traía turrones de azúcar. Y el Burro Viejo dio paseos a todos los niños hasta el final de sus días.



SHINGEBISS

Cuento indio de Chippea

En su cobijo en las orillas del lago Hurón, vivía un patito marrón, Shingebiss. Cuando el feroz Viento del Norte bajaba veloz del país reluciente de nieve, Shingebiss, el patito marrón, tenía preparados cuatro buenos leños para el fuego de su chimenea. Shingebiss era valiente y animoso. No le importaba de qué manera bramaba el Viento del Norte, él siempre andaba como andan los patos a través del hielo, y encontraba el alimento necesario. Rompiendo la superficie del hielo que se formaba en su pequeño estanque, buceaba a través de los agujeros que quedaban abiertos y se procuraba su pescado para cenar. Luego volvía a su cobijo, arrastrando una ristra de peces detrás de sí. Sentado al lado de su resplandeciente fuego, se preparaba su pescado para cenar y se instalaba cómodo y calentito.

Finalmente Viento del Norte gritó:

- *¡Hu, hu! ¿quién se atreve a desafiar al Gran Jefe Viento del Norte?*

Todas las criaturas le temían, excepto Shingebiss, el patito marrón, que trataba al Viento del Norte como si fuera un vientecillo de nada.

Así que el Viento del Norte mandó ráfagas frías, heladoras, formando altos montones de nieve, hasta que ningún pájaro o animal se atrevía a ir en socorro de Shingebiss. Sin embargo, Shingebiss salía igual todos los días, sin dejar-

se molestar por el tiempo. Cada día encontraba pescado, cada noche preparaba su cena y se calentaba al lado del fuego.

- *¡Ah!* -se encolerizó el Gran Jefe Viento del Norte-, *el pequeño pato marrón, Shingebiss, no hace caso ni de la nieve ni del hielo. Viento del Norte le congelará sus agujeros, así ya no encontrará su alimento, y entonces Gran Jefe le conquistará.*

Así que Viento del Norte congeló las aperturas donde el patito marrón pescaba y cubrió su estanque con nieve.

Pero cuando Shingebiss encontró sus agujeros cerrados impidiéndole llegar al agua, ni siquiera refunfuñó. Simplemente seguía su camino animadamente hasta encontrar un estanque donde no hubiera nieve. Entonces apartaba el hielo y abría nuevos agujeros para zambullirse y pescar.

- *¡Pato marrón, ya verás quién es el jefe!,* -aulló Viento del Norte lleno de ira. Y durante días y días siguió al patito marrón. Helaba sus agujeros en el hielo y cubría los estanques con nieve.

Pero Shingebiss seguía adelante sin miedo, como había hecho siempre. Todas las veces conseguía atrapar un par de peces antes de que estuviera helado cada agujero. Y, como siempre, volvía animado a su casa, arrastrando los peces detrás de sí.

- *¡Hu, hu!,* -bramó enfurecido Viento del Norte-, *Gran Jefe irá al cobijo del pequeño pato marrón, Shingebiss, Gran Jefe soplará en su puerta, se sentará a su lado y le soplará con aliento helado hasta que se congele.*

En ese mismo instante, Shingebiss había terminado su cena y estaba cómodamente sentado al lado de su ardiente fuego, calentando sus patitas.

Cuidadosamente, conteniendo la respiración para que Shingebiss no le oyera, lenta y muy lentamente, Viento del Norte se deslizó hacia el cobijo de Shingebiss. Pero Shingebiss sintió el frío que le llegaba a través de las rendijas de la puerta.

"*Ya sé quién está aquí*", pensó, y empezó a cantar con vigor:

Ka-neej, Ka-neej,
Bee-in, Bee-in,
Bon-in, Bon-in,
Ok-ee, Ok-ee,
Ka-weya, Ka-weya.

Y Viento del Norte oyó lo que cantaba:

Viento del Norte,
viento feroz,
por mucho que soples
eres como yo.
Sopla lo que puedas
inténtame helar,
yo no tengo miedo,
tengo libertad.

Viento del Norte no podía contenerse de rabia, pero bajó su voz hasta susurrar y dijo:

- *¡Jefe Grande te congelará!*

Y así Viento del Norte se deslizó por debajo de la puerta hasta llegar donde estaba Shingebiss y se sentó al lado del fuego. Shingebiss supo que estaba allí, pero no se inmutó ni lo más mínimo. Siguió cantando:

Ka-neej, Ka-neej,
Bee-in, Bee-in,
Bon-in, Bon-in,
Ok-ee, Ok-ee,
Ka-weya, Ka-weya.

- *El gran Viento del Norte no se irá hasta que estés congelado,* -murmuró Viento del Norte y sopló su aliento más helador. Pero en ese mismo momento Shingebiss se inclinó y agitó su fuego. Se levantó una lluvia de chispas que iluminó su refugio de rojo dorado.

Y de repente el pelo encharcado de Viento del Norte empezó a gotear, lágrimas corrían por sus mejillas, su respiración poderosa se fue debilitando. Pero Shingebiss seguía calentando sus patitas con las llamas y cantaba:

Viento del Norte,
viento feroz,
por mucho que soples
eres como yo.

Sopla lo que puedas
inténtame helar,
yo no tengo miedo,
tengo libertad.

Ka-neej, Ka-neej,
Bee-in, Bee-in,
Bon-in, Bon-in,
Ok-ee, Ok-ee,
Ka-weya, Ka-weya.

Súbitamente, Viento del Norte aulló:
- *¡Gran Jefe se está derritiendo!*

Y salió precipitadamente por la puerta, cayendo encima de un montón de nieve.

- *Extraño patito marrón, Shinguebiss,* -susurró débilmente para sí mismo-. *Gran Jefe Viento del Norte no le puede helar, no le puede asustar.*

¡Hu, Viento del Norte le dejará tranquilo!
¡El Gran Espíritu está con él!

M.L. Channer



EL PASTOR Y EL LOBO

Érase una vez un pastorcillo que subía a la majada todas las mañanas con sus ovejas.

La vida de pastorcillo transcurría tranquila y sosegada por aquellos pastos, sólo muy de vez en cuando se trastocaba esta paz cuando el lobo negro y fiero aparecía hambriento y quería llevarse alguna oveja para su cena. Esto sólo sucedía de Pascuas a Ramos y nuestro zagal se aburría soberanamente contemplando a los corderos.

Un día se le ocurrió una idea para pasarlo bien y reírse de sus amigos. En una mañana sosegada como las otras, el pastorcillo comenzó a gritar:

- *¡Que viene el lobo...que viene el lobo...!*

Sus amigos que lo oyeron desde el pueblo dejaron sus ocupaciones y corriendo corriendo, subieron en su ayuda.

Pero cuál no sería su sorpresa que, cuando llegaron a la majada allí no había ni atisbos del lobo y se encontraron al zagalillo que dando grandes carcajadas les decía:

- *Os he engañado, os he engañado...*

Con mirada torva, engañados y abatidos se fueron los amigos del pastor a reanudar sus ocupaciones.

¡Pues señor! Pasó el tiempo y el pastorcillo harto de tocar la flauta y de hablar con los pájaros, quiso volver a hacer la misma broma y comenzó a gritar:

- *¡Que viene el lobo, que viene el lobo...!*

Raudos como gacelas sus amigos del alma cogieron palos y herramientas y corriendo corriendo, subieron en su ayuda, pero al llegar a la majada, el lobo no apareció por ningún lado. Imagínate la cara que se les puso cuando una vez más se sintieron engañados. El pastor reía y reía pataleando a carcajada limpia diciendo:

- *Os he engañado...os he engañado...*

Volvieron sus amigos al pueblo cansinos y enfadados a reanudar sus ocupaciones. Una tarde serena y clara en que el pastor dormitaba sobre la hierba, oyó balar a sus ovejas de modo extraño y al levantar la cabeza vio como un lobo enorme y fiero correteaba a sus corderos con las fauces abiertas dispuesto a zamparse alguno. Corriendo volando, se subió a un árbol y comenzó a gritar:

- *¡Que viene el lobo... que viene el lobo!*

Esperó y esperó pero nadie llegó. Entonces siguió gritando más fuerte todavía:

- *¡Que viene el lobo...que viene el lobo...!*

Sus amigos lo oyeron como en otras ocasiones y dispuestos estaban a volver a subir a la majada para ayudarle, pero se acordaron de las otras veces que fueron mentira sus lamentos y siguieron con sus tareas como si tal cosa.

El pobre pastor gritó y gritó pero nadie acudió en su ayuda y vio como delante de sus narices el malvado lobo se llevaba a la más gorda de sus ovejas y cómo las demás huían monte abajo en busca de refugio. Desde entonces nuestro pastorcillo procuró hacerles otro tipo de bromas a sus amigos, les pidió perdón y cada día intentó cuidar más y mejor a sus queridas ovejitas.



LA SUERTE Y LA DESGRACIA

Cuento español

Había una vez un rico y un pobre. Cada empresa que el rico realizaba, le resultaba muy beneficiosa, y la suerte le era tan favorable, que tenía más que suficiente; sí, tenía demasiado para sí mismo. Pero él no era ni arrogante ni avaro, sino que proveía de su abundancia a los demás.

Por el contrario, para el pobre todo eran fracasos; permanecía pobre cada vez más hundido en la miseria. Pensaba que la desgracia había sido la madrina de su bautizo y le había maldecido. Por ello se volvió amargado, codicioso y envidioso.

Un día llamó el rico al pobre y le dijo:

- Amigo, ve a la casa dorada de la Suerte y dile que ya tengo más que suficiente y que no necesito ya de sus regalos. Por este recado te quiero dar diez piezas de oro.

En vez de alegrarse por este inesperado servicio, del que mucho necesitaba, se sintió el pobre codicioso y replicó:

- Eh Señor, el camino hasta la Suerte es muy largo y sobre todo difícil de encontrar, especialmente para mí, que tantas veces lo he buscado en vano. A ti se te presenta en verdad muy fácil pues la Suerte siempre ha viajado a tu lado. ¡Por eso has de darme mínimo 20 piezas de oro!

El rico estuvo conforme, a pesar del asombro que le causó la desvergüenza del pobre. Éste se dispuso a ir, pero al llegar a la puerta se volvió y dijo que 20 piezas de oro le parecía aún poco.

- *¡Ahora irás sólo por nueve monedas!,* -dijo el rico-, ¡pues ahora no te ofrezco más!

- *¿Cómo?* -gritó el pobre-. *¡Esto es una broma pesada! ¿No quiero ir por veinte y me ofreces nueve?*

- *Bien entonces lo olvidamos,* -dijo el rico.

Esto ablandó al pobre, que se había alejando testarudamente. Así que se volvió y se ofreció a ir por nueve.

- *Pero ahora sólo te daré seis,* -dijo el rico firme, pero tranquilo.

- *Menudo robo, por seis no iría nunca,* -gritó el pobre y se alejó aún más obcecado.

Pero apenas había salido de la casa, pensó en lo bien que le harían esas seis monedas de oro. Así que regresó mucho más humilde y se ofreció a ir por seis.

- *Quieres decir por tres, pues ya no te ofrezco más,* -respondió el rico.

- *¿Cómo?¿Tres? ¡Con eso no pagas ni los zapatos que desgastaré en el camino! Por tres míseras piezas no voy!*

Salió lleno de cólera, pero de camino entró en razón y se dio cuenta de la inesperada suerte que suponían esas tres monedas. Así que dio la vuelta y se ofreció a ir por tres.

- Pero ya no hablamos de tres: te doy una, y es mi última palabra, -dijo el rico.

- Bien, pues que sea por una -gritó el pobre, y echó a correr tanto como pudo, para que el rico no cambiara de parecer.

Tras muchas penas y fatigas, por tierra y por mar, pudo encontrar el pobre al fin el desconocido camino que llevaba a la dorada casa de La Suerte. Deslumbrado por su resplandor, tocó a su dorada puerta. Entonces apareció la Suerte y le preguntó qué era lo que allí buscaba. Cuando le comunicó el mensaje que llevaba del rico, respondió la Suerte:

- Dile al rico que seguiré colmándole con mis regalos, porque cree en mí. ¡Tú sin embargo márchate!

Cuando el pobre le suplicó que le sonriera la Suerte una sola vez, le señaló la casa de su vecina, la Desgracia, que habitaba una derruida cabaña detrás de la casa dorada. A ese lugar pertenecían los hombres que, como él pensaban que cargaban con una maldición sobre ellos. El pobre quiso ver a la Desgracia que era la causante de su destino, y se introdujo sigilosamente en la cabaña, en la que la Desgracia dormía. Entonces rompió en maldiciones, hasta que la Desgracia despertó y le preguntó qué era lo que quería.

- Devolverte tu maldición -gritó el pobre.

- Despacio, despacio, -respondió la Desgracia-. *¿Acaso no acabas de ganar una pieza de oro, porque yo estaba durmiendo? ¡Pues esto no volverá a sucederte, ya que me acabas de despertar!*

EL ZAR DE LOS DRAGONES

Cuento de Ucrania

Nadie sabe exactamente dónde, nadie sabe exactamente cuándo sucedió. Quizás hace de ello mil años. Entonces, en lo más profundo de un frondoso bosque, existía el reino de los dragones y las serpientes. Allí era donde reinaba el zar de los dragones, Poseía el cuerpo de una serpiente y las gigantescas fauces de un dragón. Quizás medía unas cien yardas de largo. Sus enemigos eran el Sol. la Luna y las Estrellas, pero odiaba también a la Tierra. Permanecía siempre oculto en las profundas y oscuras cuevas y grutas que el agua de los ríos había ido socavando en las montañas. Si alguna vez tenia que salir a la superficie de la Tierra, sus ojos quedaban cegados por la radiante luz del Sol, la Luna y las Estrellas, ya que sólo conocía las tinieblas y no estaba habituado a la claridad. El zar de los dragones decidió entonces acechar a aquellas luces enemigas para arrancarlas del cielo y colgarlas en sus moradas subterráneas.

En cierta ocasión, cuando el Sol estaba a poquísima altura en el oeste, empezando casi a rozar la superficie terrestre, el zar de los dragones dio un salto y luego se irguió para mostrar todo su imponente tamaño, y con sus afilados dientes arrancó el Sol del cielo y lo arrastró hasta lo más profundo de su reino subterráneo.

De idéntica manera acechó a la Luna, se la arrebató al cielo y la transportó hasta lo mas profundo de su reino subterráneo. Y con esta tarea prosiguió cada noche, arrebatándole al firmamento un par de estrellas; al final, el cielo quedó oscuro y vacío como un profundo precipicio. Esta situación produjo una enorme aflicción en todo el mundo. En lugar de los brillantes rayos del Sol durante el día. del fulgor de las Estrellas y del brillo plateado de la Luna por las noches, por encima de la Tierra sólo se extendía permanentemente un negrísimo manto.

En la linde de aquel frondoso bosque vivía Kostryn, el pastor, con sus tres hijos. De éstos, el primero era un carretero, un constructor de carros, el segundo era leñador y el tercero colmenero.

- *Queridos hijos,* -les dijo un día el padre-, *vosotros sois los más fuertes, los más inteligentes y los más hábiles de todo el mundo. Si no estáis en condiciones de derrotar y matar al zar de los dragones, nadie más en la Tierra lo conseguirá. En vosotros deposito todas mis esperanzas; antes de cerrar mis ojos para siempre desearía ver una vez más los rayos del Sol, el fulgor de las Estrellas y el plateado rostro de la Luna.*

Los hijos se inclinaron ante su padre, diciéndole:
- *Querido padre: si esta es tu voluntad, nosotros lo intentaremos.*

Los tres se dirigieron al campo donde pacían los caballos. El mayor de los tres escogió uno de pelo negro, el segundo un alazán, y el tercero un caballo de pelo blanco. Montaron en sus caballos, tensaron sus arcos, apuntaron durante mucho tiempo y luego dispararon sus flechas. La saeta del constructor de carros se clavó en el tronco de un pino, la del leñador en el tronco de un abedul blanco, y la del colmenero en el tronco de una encina.

El mayor, el carretero, cabalgó entonces hacia el pinar. El segundo hermano, el leñador, se dirigió hacia el bosque de abedules, y el tercero, el colmenero, emprendió el camino hacia el encinar. En el pinar susurraban los árboles. Sus copas crujían y se mecían de un lado a otro. Habían descubierto al hijo mayor de Kostryn.

- ¡Fijaos! ¡Es el carretero! Monta el caballo de pelo negro, lleva su arco a la espalda y la maza en el puño. Con toda seguridad pretende luchar contra el zar de los dragones. Hemos de advertirle, hemos de avisarle para que no cometa ninguna acción sin premeditar. Es un buen amigo nuestro, de todos los árboles. Construye unas ruedas preciosas para la gente. Con su ayuda, algunos de nuestros hermanos han podido viajar por el ancho mundo y ver muchas maravillas. No, es preferible que no siga cabalgando, perdería la vida. No será él quien derrote al zar de los dragones.

Al borde del camino crecía un pino muy joven. Se agitaba con tal violencia que el caballo de pelo negro se detuvo inmediatamente, no quiso dar ni un solo paso más.

- ¿Adonde cabalgas con tanta prisa? Regresa inmediatamente a tu casa si no quieres morir -le dijo el pequeño pino.

El caballo de pelo negro entendió perfectamente esta advertencia, porque él comprendía, como todos los animales, el lenguaje de los árboles y plantas.

Ni los ruegos ni las amenazas sirvieron de algo. El caballo parecía petrificado en aquel lugar, como si alguien lo hubiese soldado al camino. Al hijo mayor de Kostryn no le quedó más remedio que regresar a su casa. Una vez en casa relató todo lo sucedido a su padre. Estaba muy triste cuando le dijo:

- Al parecer no me es dado matar al zar de los dragones.

- Querido hijo, el destino no ha querido que fueses tú quien diese muerte al zar de los dragones, -lo consoló su padre, mientras se acariciaba pensativamente su canosa barba.

Cuando llegó al bosque de abedules blancos, el segundo hermano, el leñador detuvo el caballo. Libró al alazán de riendas y bocado y lo dejó pacer, así descansaría un poco y repondría fuerzas. El alazán se dedicó a comer hierba, pero de repente aguzó los oídos al escuchar la conversación de los abedules.

- Fijaos bien, fijaos, porque aunque ya sea oscuro podemos reconocer al segundo hijo de Kostryn al leñador. Aunque el zar de los dragones nos ha robado el Sol, a este muchacho lo reconocemos perfectamente. El sólo tala árboles viejos. Luego prepara la madera con su hacha. Todos nosotros, los que vivimos en el bosque de abedules, lo tememos. Tan pronto lo vemos, nuestras hojas tiemblan estremecidas de pavor, Pero hoy monta et caballo alazán, lleva el arco a la espalda y la maza en el puño. Seguramente quiere combatir contra el zar de los dragones. Pero no advierte que camina hacia su perdición. No lo lamentaríamos por él, pero si por el pobre caballo, éste nos da pena. Tenemos que advertirle.

El caballo alazán, que había entendido todas sus palabras, corrió ahora hacia su dueño y le acarició la frente con sus ollares, como si desease pedirle un favor. El leñador se echó a reír y exclamó:

- Mi caballito, al parecer ya has comido y descansado bastante. Pues adelante, ahora montaré y al galope nos dirigiremos hacia el reino de las ser-

pientes y dragones. ¡Cabalguemos hasta llegar a sus tenebrosas cuevas! ¿Pero qué había sucedido? El caballito no se movía del lugar, permaneció inmóvil, lo mismo que un árbol que crece del suelo. De nada sirvieron las amenazas, de nada los ruegos. Cuando su dueño empuñó el látigo, el alazán no hizo el menor ademán de moverse, permanecía inmóvil. El leñador dio media vuelta y regresó galopando a casa; las herraduras del caballo levantaban pequeñas nubes de polvo.

El segundo hermano regresó a su casa y se presentó a su padre triste, apesadumbrado e incluso avergonzado. Relató todo lo ocurrido.

- *No me ha sido dado poder matar al zar de los dragones,* -dijo con enorme tristeza.

- *¡Hijo mío! Así es, el destinó no quiere que seas tú quien mate al zar de los dragones,* -le respondió Kostryn. mientras pasaba meditabundo la mano por su canosa barba.

El hijo menor de Kostryn, el colmenero, había llegado entretanto al encinar. En la oscuridad, las encinas eran tan altas como casas. El caballo blanco aguzó sus orejas y escuchó lo que se decían las encinas.

- *¿Quién cabalga allí abajo un caballo blanco?,* -preguntó una de las encinas a otra-. *¿No será quizás el hijo más joven de Kostryn?*

- *Si, es él,* -respondió la otra encina, mientras agitaba sus robustas ramas-. Es el colmenero. Todas nosotras lo conocemos bien, porque muchas veces recoge la miel de las abejas silvestres. También ha instalado colmenas en el bosque. Ha dado cobijo a muchos enjambres de abejas. Todo esto lo pudo hacer cuando el Sol aún brillaba en el firmamento y las noches eran ilumi-

nadas desde el cielo por la Luna y las Estrellas, ahora monta el caballo blanco, lleva el arco a la espalda y la maza en el puño-. *¿Es que pretende luchar contra el zar de los dragones? El pobre ignora que ni las flechas ni la maza pueden matar al zar de los dragones y serpientes. Tendrá que solicitar previamente la ayuda de un enjambre de abejas. Sólo las abejas son capaces de derrotar al zar de las serpientes.*

- *Detente caballito blanco, detente,* -crujió una vieja encina, mientras rozaba al caballito con sus nudosas ramas-. *Gira a la izquierda y dirígele hacia el lago. En su orilla encontrarás un viejo y casi podrido troncón; allí vive un enjambre de abejas silvestres. Di a las abejas que acudan en ayuda de tu dueño. Ellas también odian al zar de los dragones, él es el culpable de que ya no encuentren ni dispongan de más polen ni néctar. Las pobres están amenazadas y pueden morir de hambre.*

El caballo blanco galopó hacia la orilla del lago. Por muchos esfuerzos que hizo, el joven colmenero no logró detener al caballo. Éste, como alocado, galopaba por el sendero que conducía al lago. Sólo redujo su velocidad al aproximarse al agua; husmeó en todos los troncos que encontraba a orillas del lago. Al final, el caballo blanco se detuvo y relinchó tres veces seguidas. El colmenero tiró de las riendas, pretendía alejar al caballo de aquel lugar. Pero éste relinchó nuevamente tres veces, como si no hubiese comprendido la voluntad de su dueño. El eco resonaba por todo el bosque. Por lo que podía observarse, las abejas habían comprendido el lenguaje del caballo, porque de repente empezó a escucharse un tremendo zumbido, cada vez más intenso, producido por miles y miles de abejas. Volaban alrededor del caballo y de su jinete. Luego partieron volando en dirección a la cueva del zar de los dragones y de las Serpientes.

El caballo blanco las siguió al galope. El jinete no tenia que dirigir al caballo, éste lo hacía todo. Parecía como si le hubiesen crecido alas. ¿Cabalgaron durante mucho o poco tiempo? En realidad, sólo cabalgaron el tiempo necesario. Se detuvieron al llegar delante del palacio del zar de los dragones, en el reino subterráneo de dragones y serpientes. Las abejas formaron entonces una densa nube delante de la puerta de acceso a la cueva, luego afilaron sus temibles aguijones antes de iniciar el ataque al poderoso enemigo.

El caballo blanco relinchó nueve veces seguidas. Después del noveno relincho, la horrenda cabeza del zar de los dragones apareció por la puerta. En la oscuridad reinante sólo podía verse cómo resplandecía la diadema que el zar llevaba en su cabeza.

- *¿Quien es el osado que se atreve a interrumpir mi descanso en mi propia casa, en mi propio reino?* -silbó el monstruo, como suelen hacer las serpientes, y su largo cuerpo se deslizó hacia adelante, aproximándose muy peligrosamente.

El hijo menor de Kostryn empuñó ahora el arco. Disparó una flecha tras otra, hasta vaciar su aljaba. Pero ni una sola saeta hizo blanco en el zar de los dragones. En aquella tenebrosa oscuridad, el colmenero no podía apuntar ni dar en el blanco. El caballo blanco temblaba de miedo. El sudor cubría toda su espalda. El zar de los dragones se deslizaba cada vez más rápido, aproximándose más y más al jinete y su caballo. Si el destino no lo remediaba, ambos terminarían en poco tiempo en las horribles fauces del zar de los dragones, que luego los engulliría enteros, con piel y huesos. La maza, con la que el colmenero golpeaba la cabeza del zar de los dragones, parecía no hacer mella en ella, su piel parecía ser de hierro, ¡y la maza, al final, se partió en dos pedazos!

- ¡Ahora si que ha llegado mi última hora!, -pensó el colmenero-, quizás pueda salvarse mi caballo. Lo podrá conseguir si no clava su mirada en los ojos del zar de los dragones. Ningún caballo, ningún pájaro, ningún ser humano, ni cualquier otro ser viviente, permanecerían con vida si lo mirasen a los ojos. Quedarían como paralizados, incapaces de huir, medio muertos de pánico. Tan feroz y horrible es el poder del zar de los dragones...

El hijo menor de Kostryn notó que su caballo dejaba de moverse. Sólo que todo su cuerpo estaba temblando. La mirada hipnótica del zar de los dragones empezaba a surtir efecto. Pero de repente empezaron a escucharse unos intensos zumbidos y silbidos. Procedían del denso enjambre de abejas silvestres que se precipitaba como una oscura nube sobre el zar de los dragones. Se apagaron las brillantes luces de su diadema. Su gigantesco cuerpo de serpiente se arrojó con rabia descontrolada contra aquel enemigo que no conseguía ver, pero que le estaba produciendo heridas muy dolorosas. El animal golpeó durante mucho tiempo el suelo con su gruesa cola, todo el bosque retumbaba y parecía estar temblando, hasta que al final se desplomó sin vida bajo un árbol.

Las abejas, con sus danzas, demostraron inmediatamente su alegría. Los pájaros, que habían olvidado sus gorjeos al desaparecer el Sol, empezaron a entonar unos cantos nupciales. La vida retornó al bosque. Las copas de los árboles se balanceaban con el viento desde un extremo al otro del bosque. Con sus murmullos y crujidos difundían la buena nueva de la muerte del zar de los dragones.

El hijo menor de Kostryn penetró ahora en el subterráneo reino de los dragones y serpientes. Encontró las cuevas y grutas donde seguían colgados el

Sol, la Luna y las Estrellas. Los liberó inmediatamente de las cuerdas que los sujetaban y los llevó al exterior, a la libertad. En aquel mismo instante, el Sol ascendió rápidamente por los aires, a una altura cada vez mayor, hasta que pudo colgarse de nuevo en el cielo, sus rayos iluminaron inmediatamente toda la Tierra. La Luna y las Estrellas siguieron rápidamente sus mismos pasos para que la Tierra no se quedase sin luz por las noches. En todo el mundo y entre todas las personas reinó gran júbilo y una enorme alegría.

El hijo menor de Kostryn regresó a casa de su padre. Se inclinó profundamente ante él.

- *Bienvenido seas querido hijo* -le dijo su padre-, *yo bien sabía que uno de mis hijos lograría dar muerte al zar de los dragones. Y has sido tú quien lo ha conseguido.*

El colmenero respondió a su padre:

- *¡Querido padre! No he sido yo quien ha dado muerte al zar de los dragones, yo no hubiese podido vencerlo. Han sido las pequeñas abejas silvestres. Y mi precioso caballo blanco ha contribuido también en todo lo que ha podido. Si no hubiese dispuesto de mi caballo y de la mitad de las abejas, jamás habría podido atravesar y destruir por completo al zar de los dragones. El dolor y las tinieblas habrían seguido reinando para siempre en la Tierra.*

LIBROS DE PEDAGOGIA Y CUENTOS

Alimentación saludable del lactante. E.A.A.

Los Años de Oro. John Benians. Tercera edición.

La Casita de las Raíces. Ida Bohatta. Cuento ilustrado. ING Ediciones.

Los animales del bosque en invierno. Ida Bohatta. ING Ediciones.

El Arte de Educar en familia. Sofía Pereira. Ed. CCS.

Autoridad y libertad en la adolescencia. Erich Gabert. E.A.A.

Los Buenos Amigos. Cuento ilustrado. ING ediciones.

Catálogo de Exposición de la Unesco sobre la Pedagogía Waldorf.

La Clase Extra. Pedagogía de Apoyo. Audrey McAllen.

Corre, corre ratoncito. Cuento ilustrado. ING Ediciones.

Cuentos Infantiles para Jardín de infancia. Segunda Edición.

Curso de educación especial. Rudolf Steiner.

De Cero a Uno. Guía práctica de la alimentación y cuidado. ING.

De Uno a Cuatro. Las necesidades del niño en la 1ªinfancia.

El Doctor Cura-sana. Ida Bohatta. Cuento ilustrado. ING. Bolsillo.

Educación del Pensar y la memoria. E.A.A.

Educación Waldorf. Ideas de R.Steiner en práctica. C.Clouder. Educación Waldorf. Una pedagogía integral. E.A.A.

Emociones y Temperamentos. Sofía Pereira.

En busca de la nieve. Cuento ilustrado. ING Ediciones.

Erase una vez la liebre de Pascua. Cuento ilustrado. ING Ediciones.

El estudio del hombre como base de la pedagogía. Fundamentos de la Educación Waldorf. Tomo I. Rudolf Steiner.

Etapas evolutivas del niño. Bernard Lievegoed.

La Fuente. Cuento ilustrado. ING ediciones.

Hermanos y Hermanas. El orden de nacimiento en la familia. K. König.

El Huevo del Sol. Cuento Ilustrado. ING Ediciones.

Indicaciones de Pedagogía Waldorf para niños de 3 a 9 años. Rainer Patz.

El Juego Infantil. E.Blattmann. R.Kischnick. E.A.A.

Metodología y Didáctica. Fundamentos de la Educación Waldorf. Tomo II. Rudolf Steiner.

Misterio de los temperamentos. Rudolf Steiner. E.A.A.

La niñez. Carolina von Heydebrand. E.A.A.

El niño y los cuentos. Udo de Haes.

Los niños del Bosque. Cuento ilustrado. ING Ediciones.

Los niños de las raíces. Cuento ilustrado. ING Ediciones.

Los Niños Estrella. George Kühlewind.

Niños necesitados de cuidados especiales. Thomas J.W.Weihs.

La Oveja de Pablito. Cuento ilustrado. ING Ediciones.

Pedagogía Waldorf. Una educación hacia la libertad. Frans Calgren.

El Pequeño Oso Polar. Cuento ilustrado. ING Ediciones.

El Pequeño Pedregal. Ursula Burkhard.

Por una infancia en libertad. Martin Large. Oniro.

Las preocupaciones de los ratoncitos. Ida Bohatta. Cuento ilustrado.

Primer Septenio. Rudolf Steiner. E.A.A. Coedición.

¿Qué hacen los elefantes? ING Ediciones. Cuento ilustrado.

Sabiduría de los cuentos de Hadas. R. Steiner. Tercera Edición.

¿Soy realmente diferente? Cuento ilustrado. ING ediciones.

Te quiero mucho pequeño dormilón. Cuento ilustrado. ING Ediciones.

Todos los cuentos de los hermanos Grimm. Ed. Completa.

Los tres primeros años del niño. Karl Konig (3ª Edición).

Usted es el primer profesor de su hijo. Rahima Baldwin Dancy. Medici.

Ven a la tierra de las Hadas. Cuento ilustrado. ING ediciones.

Vivir o Ver Televisión. Karin Neuschütz. E.A.A.

ESTA COLECCIÓN DE CUENTOS PARA NIÑOS DE DOS A SIETE AÑOS, APROXIMADAMENTE, DESEA AYUDAR A EDUCADORES, PADRES Y TODAS LAS PERSONAS QUE QUIERAN CONTAR CUENTOS A NIÑOS PEQUEÑOS. LOS CUENTOS ESTÁN LIBREMENTE ORDENADOS, COMENZANDO POR LOS DESTINADOS A LOS MÁS PEQUEÑOS. HAY CUENTOS DE SIEMPRE ORIGINARIOS DE VARIOS PAÍSES Y CUENTOS MODERNOS. UN BUEN NÚMERO DE ENTRE ELLOS HAN SIDO Y SIGUEN SIENDO CONTADOS INNUMERABLES VECES EN LOS JARDINES DE INFANCIA Y LAS ESCUELAS INFANTILES WALDORF DE TODO EL MUNDO.

ISBN 978-84-89197-94-7